

2129
01
1106
2449
1121
2411

NUESTRAS TIAS DE AVALLON*

Jean Fougère

Traducción por Elizabeth Meneghini

Presentada para optar al grado

de

Maestro en Arte

con especialización en Traducción

Programa Graduado en Traducción

Facultad de Humanidades

Universidad de Puerto Rico

Río Piedras, Puerto Rico

1975

INDICE

Nota bio-bibliográfica.....	i
Comentario.....	i-viii
Nuestras Tías de Avallon.....	1-94
Notas del Traductor.....	95-97
Bibliografía.....	98

I

Jean Fougère nació el 5 de mayo de 1914 en Saint Anaud, Cher, Francia. Es graduado de la Facultad de Letras y Derecho de París, y cronista del periódico Le Figaro. Hasta la fecha, ha escrito diecisiete libros cuyos títulos y fecha de edición son los siguientes:

Visite.....	1942
Les Bourdes.....	1944
Un Don Comme L'Amour.....	1946
Thomas Marion ou La Séduction De La Mort..	1947
La Pouponnière.....	1948
Un Cadeau Utile.....	1953
La Cour Des Miracles.....	1957
Voulez-Vous Voyager Avec Moi?.....	1957
La Vie De Chateau.....	1958
Flo.....	1959
Les Nouveaux Bovides.....	1966
Nos Tantes D'Avallon.....	1968
Les Petits Messieurs.....	1969
Lettre Ouverte A Un Satyre.....	1969
La Belle Femme.....	?
Les Bovides.....	?
Le Livre Des Parfums.....	?

El libro Les Bourdes ganó el premio Courteline y el libro Les Nouveaux Bovides ganó el premio del Humor Negro 1966.

II

A pesar que me fue bastante fácil entender el texto en francés, tuve que leerlo un sinnúmero de veces para poder solucionar — así lo espero — dos importantes problemas: el del pronombre personal francés vous y su pronombre posesivo son, ses, y el de algunos adjetivos

que no son los que corrientemente se usan para calificar ciertos sustantivos.

En esta novela, el vous resulta bastante ambiguo debido a la mecánica de la gramática francesa. A veces no se puede precisar si se trata de usted, referido a un solo lector, de ustedes, referido a todos los lectores, o de usted, referido a un hombre o a una mujer. Esto se debe a que Fougère usa el pronombre personal vous en estos tres sentidos. Al principio de la historia, éste se refiere a un usted masculino, singular. Sin embargo, cuando llegué a la página 58, párrafo 2, me di cuenta que el vous que el autor describía ahora era femenino, singular; pero al pasar a la página 69, ya no distinguía con exactitud si ese vous seguía siendo el usted femenino, singular o el ustedes del grupo reunido alrededor de la mesa. Al llegar a la página 128, definitivamente el vous era plural; pero no el mismo que acabo de mencionar en la línea anterior. En la última página, vuelve el vous a ser singular, masculino. Sólo he mencionado estos ejemplos para explicar porqué, después de haber cambiado en tres ocasiones la traducción completa, opté por traducir el pronombre personal vous y el pronombre posesivo ses por usted y su en la mayoría de los casos. Debo mencionar que en la primera traducción, opté por traducir el vous por usted. Sin embargo, cuando leí cuidadosamente ciertos párrafos del original encontré extraño que en algunas ocasiones el autor usara el vous singular y en otras el vous plural para referirse a las mismas ideas. Por

ejemplo, en la página 1, él se dirige a un solo lector y le dice que la historia del libro le concierne. Sin embargo, cuando llegué a la página 137, el autor ya no se dirige a una sola persona sino a varias y les dice lo mismo. Esto me causó ciertas dudas y cambié el pronombre vous y el pronombre posesivo ses, a través de toda la traducción, en vosotros y os. Este cambio mejoró, también, la ambigüedad del pronombre posesivo ses ya que por momentos, en la traducción, no se sabía si el su o sus se refería al lector o a la señorita Duplessis. Pero había una falla visible en la traducción. Yo tenía conciencia que en ciertas ocasiones había usado el vosotros cuando en realidad en francés decía usted. Por tal razón, decidí cambiar una vez más la traducción y volverla a escribir como había estado la primera vez con el pronombre personal usted y el posesivo su y sus. Mi justificación es que era mucho más fácil para la fluidez de la traducción ya que con el pronombre vosotros sonaba muy pesada. Mientras el autor se dirigía a una persona en específico, masculino o femenino o a varias personas, porque así se entendía perfectamente en francés, fui fiel al original; pero fuera de este punto, mantuve el usted, masculino, singular.

Cuando empecé a traducir, me enfrenté con otra dificultad: la de ciertos adjetivos acompañados por sustantivos que no estamos acostumbrados a ver usados de tal manera. No sabía si mantener la traducción literaria o emplear un adjetivo equivalente. En general, opté por seguir fielmente el texto ya que quería mantener el estilo propio

del escritor. Por ejemplo, cuando me encontré con odeur fade, en la página 72 del original, lo traduje literalmente por olorroso; pero cuando surgió une voix appliquée, en la página 44, decidí que era mejor traducirlo por voz clara.

Me enfrenté al grave problema de no conocer el significado de tres palabras: polka, cabriolet y traîne-bûches. De acuerdo con el texto, yo estaba segura que polka debía ser algún postre, pero al no encontrar nada en los diccionarios, tuve que buscar información en los libros de cocina. Después de ir a varias librerías, mi suerte no mejoró. Decidí, pues, entrevistarme con un miembro importante de la Alianza Francesa. Cuando leyó éste el texto, me dijo enseguida que se trataba del baile. Como su explicación no me sacó de dudas, decidí buscar el significado con un cocinero francés de un conocido restaurante de San Juan. Este, al leer el texto, me dijo lo mismo que el anterior; sin embargo, yo no estaba satisfecha con esa explicación. Sí, tenía conciencia de que la polka es un baile, pero en el texto debía ser otra cosa. Al agotar toda fuente de información, pensé que quizás en Santo Domingo alguien podía ayudarme ya que por haber vivido tanto tiempo allí y por ser francesa conozco bastante bien la colonia francesa residente de ese país. Fui a Santo Domingo y tuve la grata satisfacción de encontrar en un libro de cocina de una amiga, L'Art Culinaire Français, la receta de la Polka. ¡No solamente la polka es un bizcochito sino que también existe el pan polka! Mi perseverancia había servido

para algo y el viaje aún más. Digo esto porque mientras estuve en Puerto Rico, traté de encontrar, en los diccionarios, el significado de cabriolet, pero la única explicación que pude obtener era el de un "sillón pequeño". Esa definición no me bastaba ya que existen varias formas de sillones pequeños, y ¿cómo es un cabriolet? Al llegar a Santo Domingo, pregunté a varias amistades si tenían un libro sobre los estilos de muebles franceses de época y alguien me prestó L'Art de Reconnaître les Styles por Gisèle Boulanger. En el capítulo de Luis XV, no sólo encontré la definición sino también la fotografía de este sillón.

La palabra traîne-bûches presentó el mismo problema. No podía encontrar su significado en los diccionarios. Las personas a quienes yo pregunté no supieron decirme lo que era, aún entre los franceses de Santo Domingo. Decidí entonces volver a la Alianza Francesa. Al leer el texto, me dijeron que traîne-bûches se refería a "turistas o personas en vacaciones". Esta explicación no me gustó nada, sobre todo porque dudaba mucho que el autor hubiese comparado seres humanos con gusanos. Por fin el Dr. Casares y un diccionario que apareció de momento, solucionaron el problema y pude conocer el auténtico significado de la palabra: son "larvas acuáticas".

La técnica que usé para traducir el libro fue leerlo dos veces para tener una buena idea del contexto. Escribí un signo de interrogación al margen de las oraciones que no podía entender de primera intención. En la tercera lectura, subrayé las palabras que no sabía tra-

ducir y encima de ellas, en el libro, escribí las equivalencias. A las que no pude encontrar en los cuatro diccionarios que más utilicé: Nouveau Larousse, français-espagnol, español-francés, Nouveau Petit Larousse en Couleurs, Real Academia Española y Vox, las rodeé con un círculo. Mi siguiente paso fue traducir párrafo por párrafo, en un borrador, escogiendo la equivalencia más apropiada de las palabras subrayadas. Cuando llegaba a una palabra circulada, la escribía en francés, en el borrador. Cuando terminé, volví a leer el borrador e hice correcciones. Al terminar, pasé la traducción en limpio. Mientras mi consejero la corregía, yo seguí buscando en las diferentes fuentes de información las palabras circuladas hasta que, una a una, logré encontrar el significado. Otro punto que debo mencionar es que toda palabra que no logré traducir con un equivalente exacto, tiene un asterisco para la nota del traductor.

Nuestras Tías de Avallon es una novela realista, muy humana, un tanto pesimista y en varios momentos, deprimente. La mayoría de nosotros tenemos un familiar soltero con las mismas señas que la señorita Duplessis. Es una verdad muy cruda la que nos dice Jean Fougère: somos simplemente egoístas. Vivimos nuestro pequeño mundo sin preocuparnos en los demás. Mientras la solterona está viva, nadie se preocupa por ella; es más bien una molestia porque debemos visitarla por obligación, por cumplimiento al deber, por educación. Sin embargo, cuando muere nos remuerde la conciencia porque nos consta

que no hicimos nada para hacer su vida más alegre; pero, nos olvidamos rápidamente de ello.

La novela está escrita en un lenguaje simple. Está narrada según dos niveles: los hechos reales y presentes del escritor como hombre adulto y los recuerdos confusos y desorganizados del escritor como niño. Por tal razón, a veces la novela es difícil de seguir. No se sabe muy bien cual de los dos habla o de quien habla. Usa la ironía de vez en cuando para que el lector reaccione (página 7, párrafo 1: dice que sus recuerdos no son tan importantes como los nuestros; está más interesados en éstos). A veces se burla directamente del lector, como lo hace en la página 120 de la versión original, cuando nos pregunta qué hemos hecho con los árboles. En muy raras ocasiones, nos hace reír. Yo diría que hay dos partes cómicas en todo el libro. La primera aparece en la página 52 relatando la contestación del oficial de marina cuando le preguntaron lo mejor que se debe hacer con un navío en plena batalla y su contestación es: ¡escondarse! La segunda aparece en la página 54 cuando el escritor como niño dice que después de haber visto la película de la casa del castellano, su madre tuvo mucha dificultad en convencerlo que el enano no era su futuro tío. Estas dos descripciones de dos de los tres pretendientes de la señorita Duplessis, las hace el escritor en su perspectiva de niño y naturalmente son más alegres.

Soy sincera al decir que tuve que leer el libro, a pesar que

está escrito en un lenguaje simple, por lo menos diez veces y aquellos párrafos que me dieron problemas, los volví a leer unas cuantas veces más hasta pensar que había superado las dificultades en francés. Mi siguiente paso era aún más difícil; tenía que tratar de vencer las dificultades en español ya que éste no es mi idioma materno. Todavía, al concluir la traducción, quise leerla, una vez más, sin la ayuda del original, para asegurarme de su fluidez. En varias ocasiones, después de la versión que suponía final, tuve que volver a recurrir al original cuando encontraba que ciertas partes de mi trabajo no eran acertadas; y tuve que volver a corregirlas.

Esta historia le concierne. Me lo dice la intuición. No me atrevo a decir todavía, la certeza. Usted se apresuraría a afirmar que ~~no~~ tiene nada en común con la solterona que está en juego y que su muerte le es indiferente.

Sin embargo, usted conoce a la señorita Duplessis. Se encontró con ella en provincias. Su larga silueta negra, un poco rígida, se cruzó con usted ^{al} por lo menos una vez.

Allí, están todavía las aceras angostas, los adoquines desiguales. Espero que no la haya obligado a bajar. Si lo hizo, esta historia no es para usted. Puede ser que interese a sus hijos cuando hayan vuelto a inventar la cortesía, es decir la atención hacia los otros. Pero no me he equivocado respecto ^a de usted ni sobre su inquietud. ~~Usted~~ Es de aquéllos a quienes siempre les falta algo. Satisfecho, no necesitaría leer novelas.

Entre tantos encuentros breves, olvidados al momento, éste hubiera podido intrigarlo debido a la lentitud del caminar. Una dignidad oculta, un poco de amaneramiento, ^{habitual} mucha ^{o de} resignación: la señorita Duplessis llevaba las huellas de una clase solitaria, ^{marco} ^{espacio} ^{que rara} Ya escasa, ésta no tardará en morir en las revoluciones que conmueven nuestra época y en las ^{donde} que usted, ^{puerto} inocentemente, ^{me} desempeña un papel homicida.

Ella caminaba con la vista baja debido a los adoquines desiguales y a sus piernas inseguras. Al pasar, ^{puedo haber} es posible que haya le-

vantado los pesados párpados. Eran ^{También} los párpados de su madre, tam-
 bién, los que dan a los miembros de nuestra familia un falso aire de
^{altivos} altanería. Su mirada — que se cruzó demasiado rápido con la de ^{usted} usted
 para que la advirtiera — era ~~tal~~ como la ^{que} conocí al final de su vida, ab-
 sorbida por un pasado que se ^{le} animaba todavía ~~para~~ ella y que sólo ella
 podía ver. Una mirada ^{lo} bastante presente sin embargo, como para en- 3
 volverlo con su dulzura gris y en la que había la tristeza de no poder
 olvidar ni un momento con usted su soledad cuando ^{al hablarle} le hablaba — mientras
 hay tiempo — de las cosas simples en las que cree y de las que nunca
 dudó.

Luego ^{después} prosiguió su camino por la calle angosta donde antes
 circulaba un trencito que nunca tuvo la oportunidad de tomar, que dejó
 de operar sin que ella supiera en qué alrededores campestres se dete-
 nía, y que cuando atravesaba la ciudad se ^{paraba tan cerca de} acercaba tanto a las casas
 que éstas se estremecían ^{lucidamente} durante un largo rato después de su paso.

Se detuvo ante su casa. Abrió con torpeza un bolso grande,
 obsequio de una sobrina, ^{y que hizo} al que ~~había hecho~~ teñir de negro. Buscó a
 tientas en ^{los profundos volantes} el fondo arrugado de un forro que ^{que aun era claro} ~~había quedado~~ limpio, antes
 de sacar su llave, dejándolo abierto para volver a guardarla después de
 haberla usado. ^{el bolso}

Del otro lado de la calle, tras una ventana de la planta baja, 4
 una mano invisible corría una cortina. ^{Con toda seguridad} ~~Con toda seguridad~~ era un
 espectáculo que ~~nunca cansaba~~ el verla valerse de sus débiles fuerzas

para vencer la resistencia de la puerta cuya madera había raspado una vez más el enlosado del vestíbulo, *era sin duda un espectáculo que nunca causaba.*

Después de cerrarla con dificultad, ^{se detuvo} permaneció un momento sobre la esterilla, una mano ^{delgado} ^{apoyada} contra la pared, sus medias de un gris obscuro enroscadas sobre sus piernas flacas y un poco temblorosas, mientras escuchaba ^{volo} para saber si estaba verdaderamente sola en la casa. Por lo general su inquilino se ausentaba durante el día pero sucedió que había entrado más temprano que de costumbre. Al oír la ^{llegar} ~~en-~~ trar, este hombre sensible y de naturaleza reservada prefería manifestar su presencia. Entonces tosía, caminaba o cambiaba de lugar una silla en su cuarto, ^{del primer piso.} ~~que se encontraba en el piso superior.~~

Pero la casa permaneció silenciosa por completo hasta el momento en que la puerta golpeó como si alguien la empujara bruscamente desde el exterior sin conseguir abrirla. Lo que no la hizo volverse, ni siquiera estremecerse ya que al trencito le sucedieron ^{en la calle} varios vehículos ~~en esa calle~~, y cada camión que pasa por ahí seguirá estremeciendo con violencia, supongo, esta puerta así como otras más mientras no se ensanche la calle o se desvie la circulación. 5

Luego, entró al comedor, que es la segunda pieza a la izquierda, en el pasillo, después de la cocina. La puerta del salón está a la derecha, frente a la del comedor. Pero en vez de dar directamente al pasillo, cierra una pequeña arcada, abierta en la ^{anchura} ^{anchura} pared ~~muy gruesa~~. Es preciso entrar a la arcada para abrir la puerta.

Durante largos años, el salón ^{cumplió} desempeñó dignamente su función social. Representó, también, un papel importante en mi destino, dado que dos de sus sillones hicieron que mis padres se sentaran frente a frente el día de su primera "entrevista". Al quedarse sola, mi tía había modificado, poco a poco, el aspecto del salón. Como nadie más que ella entraba en él, no era necesario que los demás percibieran el significado del nuevo orden. ¿Por qué tantos objetos colocados sobre la alfombra? Quizás porque habían llegado allí en demasía, traídos de otra habitación o regalados por alguna pariente preocupada por perdurar en el recuerdo, o simplemente porque ya no había lugar para ~~acomodarlos~~ ^{meterlos} en la amplia cómoda Regente cuyas gavetas, desbordantes de figurinas, ^{estatuillas,} pequeños floreros, tapetes y opúsculos, estaban también ^{por} en el piso para facilitar el tratamiento de la madera contra los gusanos.

Varios cuadros habían cambiado de lugar. En el clavo de uno de ellos, que representaba fielmente la cosecha y descansaba en el piso, contra el zócalo, ella había ^{hecho un nido} ~~tomado la~~ costumbre de colgar su abrigo y su sombrero. Pensaba que así los protegería más tiempo del polvo y del desgaste, en una habitación donde nunca se encendía el fuego y en la que ^{se reunía} ~~estaba reunido todo lo que ella consideraba más precioso~~ ^{aquello que le era más precioso}.

^{Se dirigió} Fue entonces directamente al comedor. Puso su bolso sobre la mesa estilo Enrique II. Permaneció indecisa por un momento, antes de dirigirse hacia la cocina. Quizás tenía pensado recalentar algo para la cena. Pero no tuvo valor para ello y volvió al comedor tras cerrar

la puerta de comunicación.

Esta puerta no existía en otros tiempos. La había mandado abrir para mayor comodidad cuando decidió abandonar su dormitorio del primer piso. Estoy al tanto de cierto número de ^{cosas} detalles que atañen a la casa porque viví en ella varios años ^{de} durante mi infancia. Pero ~~des-~~ ^{mi río} confío de los recuerdos. Sólo los evocaré en la medida — bastante reducida, me parece — en que puedan ayudar a la narración; es decir, interesarlo. Son ^{los} ~~los~~ recuerdos de usted los que tienen importancia; los que no me cansaré de oír narrar, los que quisiera mantener vivos.

Los recuerdos se componen de sombras, imágenes, fragancias, ruidos y silencio. ^{Ignoro} No sé que rumor vive en usted: el de la ciudad, potente y sordo, y jadeante ^{en el atardecer,} por la noche; o bien el de los campos, que se da a conocer con júbilo y rapidez y que puede adquirir intensidades dramáticas en la noche de los bosques. Pero muchos viven también a lo largo de los ríos que ^{día y} ~~día y~~ ^{noche producen el mismo murmullo.} ~~noche producen el mismo murmullo.~~

En vez de seguir con calma su ^{laminar} trayectoria, el río que pasa al fondo del jardín se ensancha en ese lugar. La ribera opuesta, hasta allí opaca y ^{curada en} ~~espesa~~ con su mezcla de tierra, piedras y vegetación, se debilita, retrocede, se aplanar, desaparece ^{bruscamente,} de repente, dejando que se ^{escape} ~~escape~~ una parte de la masa líquida que, aspirada por el vacío, ^{acelera} ~~acelera~~ su deslizamiento, cae más abajo, borbotea y, detenida por otras ^{arillos,} ~~ribe-~~ ^{ras,} ~~ras,~~ recobra poco a poco su regularidad.

La desaparición de la ribera era provisional. Pronto se le-

vantará otra vez, más ^{resido} fuerte aún, ^{en una casi isla} península que se creyó ^{correctamente} correcto fortificar en su comienzo con una base de pequeñas piedras, que recobra poco a poco su aspecto natural y a ^{a cuyo largo} lo largo de la cual el río, ^{en nada} de ningún modo debilitado por su división y ~~su~~ caída, prosigue su ^{curso} camino llevando consigo ^{ras} las largas hierbas verdes y haciéndolas oscilar suave y persistentemente como si nada le hubiera pasado.

^{No obstante,} Sin embargo, el río deja tras de sí un fuerte ⁴ ruido regular que aumenta su amplitud en las crecidas y disminuye durante el período de sequía. Después de resistir mucho tiempo al agua, debe suceder que alguna ^{alguna} piedra o resto se desplace en el transcurso de los años, modificando en ciertos lugares su corriente y, por consiguiente, su rumor. Pero el sonido permanece más o menos el mismo sobre la extensión del vertedero. Cada cual puede oírlo al acercarse e imaginarse que ^{lluvia?} colma los oídos de los ribereños. Pero todos ellos lo olvidaron. O más bien recibieron el poder, un poco mágico, de darle existencia y de hacerlo volver a la nada según ^{lo cuentan} tengan o no necesidad de él. Sucede, sin embargo, que el sonido se les impone de repente, aprovechando un momento de descuido, de disponibilidad, tal vez de un deseo secreto cuya ^{cumplimiento} realización los deja sorprendidos y pensativos.

Si ~~usted~~ ^{solo hubiera oído} hubiera entrado con ella, no habría oído otra cosa que 10 el vertedero. Ella, por el contrario, ni siquiera lo percibe. Se sentó sobre la cama plegable que hizo bajar del piso superior, Cuando podía recibir visitas, la plegaba y la cubría con una colcha hecha con una te-

la rugosa y chiné, idéntica a la de las cortinas, ^{e igualmente} ~~y~~ desgastada, de igual manera. La deja desplegada y a menudo deshecha desde que ya no contesta el sonido de la ^{campanilla} campana, cuyo alambre atraviesa el pasillo y que queda suspendida en el exterior, sobre la escalinata que da acceso al jardín, casi invisible entre las espesas hojas triangulares de un ampe- lopsis.

Sintió calofríos al mirar ^{en} ~~en~~ torno a ~~ella~~ ^{ella} y comprobar que el fogón ^{del calefactor}, necesario aún a pesar de la cercana primavera, se había apaga- do desde hacía rato. Pero estaba más allá de sus fuerzas volverlo a encender. Prefirió dejarse puesto el abrigo — un abrigo sombrío, fuera de toda moda y que la hacía reconocible a lo lejos — aunque en contradicción con los cuidados con que lo había rodeado.

Así se recostó y al reparar en su olvido, se quitó el sombrero. 11
Como no se sentía con ánimos de volverse a levantar para ponerlo so- bre la mesa, quiso arrojarlo sobre ella. Rodó por el piso hasta llegar a los flecos de un sillón tapizado con terciopelo, de forma rechoncha, y bajo el cual mi hermano y yo solíamos deslizarnos para jugar a los mineros, dándole fuertes golpes. Entonces, sin tirar siquiera la col- cha sobre ella (ya que le parecía inconcebible dormirse así a pesar del cansancio), se volvió hacia la ventana de la que la separaba un rodapié de roble obscuro, que formaba un armario de dos puertas en el cual siempre se había descuidado guardar lo que fuera, debido a la abundan- cia de armarios en la casa y que ahora estaba condenado por la proxi-

midad de la cama.

^{seguí} Pospuso para más tarde ^{el} cerrar las persianas por cuyas hendiduras insistía en colarse un rosal trepador; uno de los tallos formaba, sobre la ventana, un arco espinoso cargado de capullos redondos y firmes. Su mirada podía, a pesar del anochecer, atravesar el jardín (donde ningún árbol, ningún matorral tenía bastantes hojas todavía para interponerse) y alcanzar, al otro lado del río, la península que domina el vertedero. 12

Se instaló un banco allí cuando el parque se ^{hizo} volvió público. Pertenece al primero que se sienta en él. Nadie llega a él por el río, ya que las embarcaciones no se arriesgan por el lado de la cascada. Para llegar a él, es preciso cruzar el parque, donde están sembrados los grandes álamos, provisto de otros bancos, y cuya configuración da a éste una situación solitaria que sería por completo secreta si los paseantes no llegaran allí sin otro fin que contemplar el curso del agua y su caída.

El banco ~~desempeña~~ ^{ejerce} más bien su atracción en las parejas. Si otra persona se acerca, se acoda en la verja, ^{es de} se espera que no se quedará mucho tiempo. ¿Quizás conoce usted el sitio y esperó, ^{con} los brazos apoyados contra la barandilla, sin osar sentarse? El ruido del vertedero es allí más fuerte que nunca. Se olvida más ligero. Asusta un poco a las que vienen luego con un coche para niños, absortas en la protección de lo que pasean. (Tienen una leve sonrisa que no se formó 13

a la vista del banco, pero permanece sobre su rostro debido a todas las cajitas que el progreso ha preparado en lugar de ellas y que ya sólo tienen que agujerear y vaciar donde se debe, cuando llega la hora.)

Y lo mismo usted que los demás, no pensaron que más allá del río alguien podía verlos, por lo lejanas e insignificantes que les parecían las casas del otro lado. Sin embargo, si se sigue el vuelo de uno de los pájaros que va y viene por encima del agua, entre los altos álamos temblones de la península y los árboles del jardín de la señorita Duplessis, no es tan grande la distancia hasta ese banco que ella, mejor que nadie, conoce sin haberse sentado en él nunca y en el cual quizás temió verme, verme una noche igual a esa, sentado.

Anochece. Mientras que el cielo está todavía claro, los árboles 14
 hacen la noche con lentitud alrededor del banco. En el jardín, la sombra se mueve de un macizo al otro y los envuelve en el mismo conjunto. Todavía usted distinguiría, por su superficie reluciente, el estanque ovalado con los peñones artificiales que lo dominan y por donde subía, en otros tiempos — así parece — un chorro de agua. Es razonable suponer su existencia a pesar que, durante años, esperé en vano verlo surgir de una cavidad. Mas, la señorita Duplessis olvidó el lugar del grifo que quizás unos excavadores indiferentes descubrirán algún día.

En ese estanque hay peces que se capturaron a la orilla del río en un día muy caluroso. Se movían en un ^{grupo} cardumen cerrado, a flor de agua, en saltos nerviosos; eran tan pequeños que ninguna redcilla

los había retenido en sus mallas y se había tenido que usar una red para mariposas en el fondo de la cual saltaban como granos de plata antes de cambiar de destino. Ignoro que tamaño tienen ahora. Cuando se acerca la noche, se agrupan en la encorvadura que los peñones dominan, ahí 15 donde el agua del manantial corre despacio, provocando el desbordamiento del estanque, irrigando poco a poco el berral que ondula en la hierba entre los bordes de cemento. Una piedra grande y lisa, colocada en el medio, puede servir de puente a las personas que no se atreven a saltar ese riachuelo, poco profundo, animado por un lento movimiento regular hacia el río y cuyo murmullo es tan débil que no se podría distinguir al prestarle atención ya que se pierde en la voz del vertedero.

De repente, un jilguero dejó el serbal donde estaba posado. Al volar hacia la casa, lo detuvo una ventana de la planta baja ante la cual comenzó a revolotear, golpeándose varias veces contra el mismo cristal, alejándose y volviendo a golpearse. A través del cristal, la señorita Duplessis hubiera podido ver de cerca la blancura dorada de sus alas batientes, obstinadas en mantener baja una cabeza roja, un pico negro que golpeó varias veces todavía. Recostada inmóvil con el abrigo negro puesto, a pesar de tener la cara hacia la ventana, sólo tuvo un estremecimiento de los pesados párpados cerrados y el pájaro vol- 16 vió de un tirón hacia el árbol sombrío donde se había posado por la noche, inconsciente de perfilarse en un trozo de cielo del mismo rojo que las plumas de su cabeza, último vestigio de un sol hace tiempo desapa-

recido.

Entonces se encendieron aquí y allá las luces en las ventanas de los ^{casos (dormitorios)} condominios vecinos. La del inquilino permanece siempre a oscuras. Antes de su salida por la mañana, él descuida abrir sus persianas. De manera que a su regreso por la noche, no las tiene que cerrar. Si estuviera ahí y utilizara la luz, usted no lo vería porque sólo hace uso de la lamparita de cabecera con ayuda de la cual lee de vez en cuando el periódico.

El vertedero podría parecerle más ruidoso, pero es la ciudad la que se ha callado alrededor de éste. Los camiones se espacían, Cuando sea de noche por completo, ellos serán los únicos amos de la calle. Después de largos períodos de calma, la llenarán de repente con sus estruendos, estremeciendo al pasar la puerta de entrada y haciéndola temblar con más fuerza que nunca. Pero la vecina sabe que nadie vendrá a esa hora y no se molesta en correr la cortina. Ni siquiera necesita moverse de su sillón para mirar la televisión que refleja en la calle luces blancuzcas mientras una luna quebrada sube con lentitud por encima de los árboles, se desliza sobre el río, atraviesa las ventanas que tienen las persianas abiertas, roza el rostro de la durmiente y se detiene más allá de la cama sobre la mesa donde ésta se esparce, alumbrando con debilidad algunos papeles.

Cartas, sobre todo. Algunas se volvieron a poner en los sobres. Otras permanecieron abiertas como si se hubiera tenido la in-

tención de contestarlas sin demora, a menos que, apenas leídas, hayan sido abandonadas con desaliento. Las encontré más tarde. Así es que puedo decir a usted quien estaba a su lado aquella noche para amenazarla y quien, para reconfortarla.

"Me complace comunicarle, le habían escrito a máquina, que espero beneficiarme con el aumento de alquiler como prevé la ley del ... " Otra carta, con membrete administrativo y con una referencia, decía: "Tengo el honor de hacerle saber que el Comité Regional de Incapacidad para el Trabajo examinará la solicitud que usted llenó con el fin de beneficiarse con la tarjeta del seguro social para los Absolutamente Pobres. Debe presentarse con todos los documentos médicos que posea (placas, análisis, etc.)..." Un funcionario indiferente había precisado entonces hasta donde podía llegar su solicitud, pero permanecía prudente, e incluso a la defensiva: "Llamo su atención sobre el hecho de que los gastos ocasionados por los viajes en automóvil no son reembolsados sino por razones absolutamente excepcionales y cuando no exista otro medio de transportación. "

Tal vez en su confusión, ella había extraviado o guardado meticulosamente la carta que más la asustaba. Sin embargo, su autor estaba ahí, temiblemente presente, y los esfuerzos que ella había hecho para olvidarlo, eran visibles al dorso de una fórmula publicitaria en que había escrito a lápiz: "Señor, estoy muy preocupada, angustiada por los precios de la vida actual para olvidar el recibimiento acogedor

que usted le ofreció a mi carta del año pasado, en esta terrible época de los impuestos... El carbonero está dispuesto a esperar, pero — y después de dejar un espacio en blanco, siempre sobre la misma hoja: "Señor. Cuando estoy muy cansada, me sucede a menudo tener olvidos, pero puedo decir que la memoria no me falla cuando se trata de escribirle para esta época del año. Las dificultades de la vida están muy presentes, cada día, y de más en más angustiosas (primero había escrito "terribles", pero lo tachó). Voy a pedirle pues, con insistencia, que como los últimos años, tenga la amabilidad de desgravarme los impuestos, teniendo en cuenta el aumento inevitable del alquiler y de mis recursos que se debilitan cada vez más (adjunto la lista de mis valores). "

Otro corresponsal, ignorando su situación, le señala miserias mayores: "Estimada señorita. El hambre de la cual sufren tantos niños y poblaciones, la persecución de los cristianos, la miseria que resulta de ello y la situación precaria de nuestras misiones en el Cercano Oriente, no cesan de acrecentar nuestras preocupaciones y responsabilidades. "

Aquellos que desean su bienestar están también a su lado. La dirección de la siguiente carta estaba escrita al dorso de un sobre: "Usted no es olvidada aquí y de cada una debo decirle muchas cosas buenas y asegurarle oraciones cotidianas. Tenga mucho valor y confianza. Las fuerzas volverán. La mejor cura para usted es la paz

espiritual. Coma debidamente para fortalecerse, incluso sin apetito, duerma luego. Cuando haga una visita al querido viejo convento, volverá a encontrar almas leales* para recibirla. Desdichadamente, nuestra buena Madre Santa Cécile decae mucho. Su cabecita se pierde lentamente. La Hermana Santa Ignace decae también. ¡Pero nuestras buenas y mayores Madre Santa Anne, Hermana Santa Paul, Hermana Solange-Marie aguantan bien! Todas están según su edad y sus pequeñas penas. Tuvimos una espléndida navidad y esperamos unas bellas fiestas de Pascua."

21

"Mi querida Jeanne. Te escribo mal ya que no me es posible encontrar en la gaveta de la mesa un bolígrafo que escriba. ¿Cómo estás? Me parece que te cansas demasiado con tu casa grande, con las compras para hacer tu despensa y si te abstienes de comer, no puedes aguantar*. Te encontré muy mal semblante cuando viniste la última vez a verme. No puedes resistir* cuando envejeces, sobre todo en invierno cuando deberías encender un fogón. Tu casa es glacial, tanto para tu inquilino como para ti. Por mi parte, mis piernas casi no mejoran. No puedo caminar sola. Me veo impotente para el resto de mis días. Sin embargo me hago masajes dos veces al día. Quieres rezarle al Padre Brothier (o a Santa Teresa) para que me saque de eso, y yo rezaré por ti. Tu vieja hermana."

Quizás usted también le escribió una de esas cartas, expuestas sobre la mesa a la claridad de la luna, y a las que la vecina no deja de

22

echar una ojeada cuando puede avanzar en el vestíbulo hasta la puerta del comedor y ésta está abierta. Pero necesita un pretexto para ello y sólo tiene uno al día. El de traer la leche para "hacer un favor". Cada vez dice la misma frase:

— ¿Así que, todavía, tiene a su inquilino?...

La señorita Duplessis se las arregla para quitarle la botella de las manos en el momento en que ha llamado. También ella emplea frases invariables:

— Usted es muy amable, gracias. Tengo mi dinero a mano para no demorarla.

Cuando tiene una vacilación, la vecina pasa la esterilla y se las arregla para pararse ante las puertas del salón y del comedor. Así tiene la oportunidad de encontrar abierta por lo menos una. Clava los ojos por allí con una extraordinaria avidez. A fin de asegurarse de no dejar escapar nada, sus ojos corren en todo sentido. Cuando se detienen, es porque ha descubierto algo. Se interesa tan sólo por las apariencias. Reconoce solamente la existencia de lo que tiene una forma, un peso. La señorita Duplessis mira por ahí. Sólo ve su decoración acostumbrada, la misma, le parece, a la de los días precedentes. Nada más. Es seguro sin embargo que la intrusa ha encontrado algo bastante candente para encender una llamita en sus ojos. Una llama que no tendrá tiempo para apagarse mientras cruza la calle y que servirá para encender otra pequeña llama en los ojos igualmente ávidos de otra vecina.

La señorita Duplessis está afortunadamente protegida por la televisión que presenta a sus vecinas, sin que éstas tengan que moverse de su sitio, las más brillantes y diversas imágenes. He aquí por qué no tiene más que una visita diaria.

Todavía se encuentra sobre la mesa una caja de cartón con 24 las esquinas desunidas y cuya tapa no me he atrevido a levantar. Las cartas que debe también contener, no quisiera volverlas a leer ni comunicárselas si fueran las mías. No encontraría en ellas ninguna amenaza, nada que hubiera podido asustarla. Sino algo peor. Han debido apenarla. O bien se hubieran descubierto cartas que de niño yo le enviaba raramente ya que estaba a su lado y que, sólo ellas, habrían estado de acuerdo con lo que esperaba de mí.

Más tarde, las que le escribí cada tanto tiempo manifestaban mi cambio inevitable. A impulsos de una ternura despreocupada y casi filial, el hombre en el que me había convertido había ^{reemplazado} ~~ganado~~ la reflexión, la experiencia, la prudencia, en fin todo lo que la edad aporta sin que se ~~lo~~ haya deseado y de lo que su edad había debido abastecerla ampliamente. Pero la soltería la había fijado en la espera de lo que nunca llegó. Y la renuncia involuntaria a una vida de mujer cumplida, en vez de transformarse en sequedad y rencor, había por el contrario 25 ^{favorecido en ella} sido favorable para una juventud duradera.

Su espíritu se había fijado también en la forma que había tenido durante su mayor plenitud, en el tiempo efervescente de la adolescen-

cia, y mantenía una viveza, una frescura juvenil que aún le hacía descubrir aquello en que los demás no eran capaces ya de interesarse, algo de pusilánime también que la detenía en los límites más allá de los que se extendía el mundo complicado y bastante espantoso de los adultos.

Miraba con asombro y con un poco de compasión a los que son, como su vecina, prisioneros de la banalidad cotidiana. Sólo les interesa el universo material que los rodea tan estrechamente que deteriora sus cuerpos con rapidez, y nada hay que los preocupe.

En el transcurso de su vida, ella misma no había sido absorbida por grandes cosas. A falta de una familia cercana, sólo había tenido que preocuparse por su propia subsistencia. Pero en vez de encerrarse como ciertos solitarios en un sistema organizado con rigidez para mayor duración, había desatendido varias veces su comodidad al llevar a cabo en medio de sus privaciones cierto capricho contra el cual, de niño, oía protestar a mi abuela, y que en efecto debía poner su salud en peligro más tarde.

Para ella estaba ante todo el comportamiento y el destino de lo que llamaba, como muchos de nosotros y quizás usted mismo, su alma. El cuidado que tomaba con ésta habría sido menor si hubiera tenido que contar con otras presencias. Su alma la ayudaba a olvidar su soledad. Contribuía seguramente a ese aire de juventud en su cara desgastada, a ese algo liso, inocente y de espontáneamente extrañado que aparecía también en el rostro exiguo de las religiosas que no podía

olvidar, ya que habían sido las testigos de sus años más felices.

De modo que al llegar yo mismo a la edad triste, en la que se tendría, mucho más que durante la adolescencia, necesidad de ser aconsejado, pero en la que no queda nadie que nos tome la mano ni nos reprenda, había desempeñado a mi vez, sin haberlo buscado, un papel protector. Pero si me parecía normal asumirlo más o menos bien con mis hijos, no era sin una irritación secreta que había recomendado a esta vieja niña alimentarse debidamente y acostarse temprano.

¿Había reparado en ello? ¿Había comprendido que no me sentía a gusto en el papel que me obligaba a interpretar, que en realidad estaba enojado con ella por no saber ser más feliz y contra mí mismo por mantenerme lejano, por dejarla recostarse sola sin deshacer su cama, sin cerrar las persianas ante la luna quebrada que alumbraba sus rasgos lisos y su larga figura sombría?

No sola por completo si quiere usted saberlo — sin ser curioso como la vecina, sino porque ya se interesa usted por ella — algunas palabras están escritas a lápiz en una pequeña libreta puesta entre las cartas, al alcance de la mano.

No estoy seguro de poder decírselo con exactitud. La enumeración es muy larga. Me parece que empieza con esta decisión: "Terminar vestido negro" y que la lista que sigue: "Falda de color pardo (vestido cortado a la cintura), blusa corta de color morado, chaqueta corta de estopa, falta vestido azul de chantún^{*}" expresa la misma volun-

tad de usar hasta el extremo de su duración esas cosas que le víllevar a lo largo de su vida bajo diversas transformaciones que estaban menos pendientes de la moda que de su desgaste, permaneciendo siempre con dignidad y contribuyendo en su permanencia a conservarle su aire de juventud.

Ignoro en qué ocasión se tomaron esas resoluciones. Aún si le vino a la mente que no se llevarían a cabo, que el abrigo gris nunca tendría la oportunidad de poder volverse al revés, un día, desconfiando de su memoria, se puso los espejuelos para escribirlas con aplicación en la pequeña libreta. Así había satisfecho la economía necesaria y había manifestado, sin proponérselo, la dificultad que tenía para separarse de las cosas viejas, para abandonarlas cuando habían servido tan bien, durante tanto tiempo, y su deseo insensato de prolongarles indefinidamente la existencia.

Seguramente un tal culto del pasado lo turba a usted que practica más bien, imagino, el del progreso y no echa de menos, tan pronto desechada, tan pronto olvidada, la ropa al por mayor que no se cesa de fabricar para todos. Ella estaba tan apegada a la suya que al abrir un día ante mí el armario donde la ropa con olor a naftalina esperaba las modificaciones previstas en la pequeña libreta, observé que el mueble contenía también un número importante de retazos de todos los materiales y colores entre los cuales el colorido de algunos estampados hacía pensar en los cálidos días de verano. Estaban en rollitos apretados unos

contra los otros y presentaban una cantidad de alveolos lanosos, algodonosos y sedosos. Pero era evidente que ninguno de estos retazos, sacado de la gran colmena, retirado el hilo que lo mantenía envuelto, y abierto, tenía bastante anchura para hacer la menor blusa corta. Cada uno de ellos era testigo particular de una labor pasada así como se ven abandonados a veces en los campos algunos ladrillos o tejas cuyo uso nunca llegará porque las casas cerca de los cuales se amontonan se terminaron sin ellos. 30

Ninguna de estas telas tendría tampoco un uso práctico. Pero tenían una función sin embargo. Durante años, había dependido de ellas la tranquilidad de una conciencia segura para la que, cualquier cosa que pudiera pasar de desastroso — desgarrón o quemadura—, encontraría remedio tras las puertas relucientes del armario y no sería arrojada a los tormentos reservados para los imprevisores.

Un escrúpulo igual inspiró las siguientes líneas sobre la página cuadriculada de la pequeña libreta: "Sábana inquilino usadas, cambiarlas. Ropero anaquel ropa blanca. Colocadas en último arriba a la derecha para reparar justo delante otra sábana vieja pero buena para poner debajo. Puestos lado izquierdo sábana muy mala y mantel malo para hacer paños y fundas para almohadas." Sin que se pueda saber cuándo se anotaron estas indicaciones, si recibieron un comienzo de ejecución y si el inquilino, que ya debe haber llegado sin hacer ruido, se metió en las sábanas usadas para dormir sin embargo un sueño tan 31

regular como el rumor del vertedero.

¿Tal vez ha entrado más temprano en un día feriado (pero entonces va a visitar a sus viejos padres) o de huelga o de enfermedad y le habrá pedido permiso para dar una vuelta en el jardín, para pescar en el río? Ella le habrá ofrecido (una vez al año no hace daño, y él es tan discreto) un poco de esas preparaciones tan bien descritas en la siguiente página: "Para las cerezas en aguardiente, usar mi más grande bocal de tres litros y medio. Hacer siempre mitad alcohol de 90 grados y mitad agua, y al cabo de un mes agregar más o menos un cuarto de azúcar. Tapar bien." o también: "Cortar en un lebrillo cuyo peso se conoce, naranjas en tajadas muy angostas. Para doce naranjas, poner dos limones cortados también en tajadas muy finas... Dejar reposar veinticuatro horas... Cocer hasta que la cáscara se torne transparente y el jugo se vuelva en jalea. Es necesario que la mermelada quede bien amarilla y no trigueña! Poner en tarros."

32

Un reposo de veinticuatro horas, pensará usted, puede todavía conciliarse con el ritmo mucho más intenso de su vida. Pero un mes de espera es una extraña, una inhumana maceración cuando se puede ganar al instante con sólo entrar al minuto preciso en la tienda donde se preparan los platos cocinados. Pero su asombro será aún mayor si lee esto: "Mi tarro grande contiene de treinta y cinco a treinta y seis huevos medianos y dos litros y medio de agua. Agregar un poquito de agua para ver si se debe quitar al final. Dos y media cucharadas a ras

(agregué un poquito para la pequeña cantidad de agua). Tara de la más grande cacerola en aluminio: 600 + 10 gr. + 2 monedas de diez céntimos."

Entonces se preguntará si ella no había sido víctima sin saberlo de una ilusión. A lo mejor creyó, mientras se dedicaba a tareas meticulosas, que su mente podía evadirse de la casa y — ¿por qué no? — de la ciudad. Y él había permanecido ahí, incapaz de ir siquiera hasta el jardín, fascinado por dos monedas de diez céntimos, prisionero de la pasión que a ella le extrañaba en una de sus amigas y que llamaba, hablando sobre esto un día, con el nombre un poco desdeñoso de "manía". Ya que no sospechaba que podía serlo la de errar cada noche en bata por la casa sin otro preciso propósito que el de retrasar el momento en que se acostaría y apagaría la última luz. En su lento paseo nocturno por los pasillos, cerraba con esmero toda puerta abierta, todo armario entreabierto como si los objetos que había comprimido pudieran aprovecharse de la obscuridad para ponerse cómodos en el exterior. Aunque sensible a las historias sobre los fantasmas, conocía demasiado bien su vieja morada para imaginar que pudiera ser capaz de disiparse* al punto de gastarle una tal broma. Subía entonces sin temor hasta el desván, deteniéndose a veces sobre un peldaño de la escalera porque creía haber oído un ruido anormal. En realidad fue a su inquilino a quien asustó en varias ocasiones cuando aún no estaba acostumbrado a sus vagabundeos.

El itinerario más acostumbrado de lo que llamaba, burlándo-

se un poco de ello, "sus vueltas", la llevaba al contador de gas. Una sola verificación no le bastaba para asegurarse de su cierre, volvía a tantear con los dedos — ya que el sitio estaba mal alumbrado — la posición de la llave. Segura de haber recogido un poco de polvo o de grasa en el curso de este gesto, iba después a lavarse las manos, lo que no había dejado de hacer ya después de su primera inspección. Tenía conciencia de la exageración que había en lavarse las manos con tanta frecuencia. Pero su horror al contacto con todo lo dudoso la obligaba a ello. De manera que llegaba al extremo de no quitar más el polvo con el propósito de mantener limpias las manos después de haberlas lavado. Y la casa se llenaba poco a poco de polvo mientras que su ocupante conservaba con obstinación una constante, una inalterable pureza.

35

No, no se conduciría jamás como su amiga Marguerite. Al quedarse también sola, pero con una holgura relativa, ésta no tenía otra cosa que hacer que llevar su casa. Como la mayoría de las personas desocupadas, estaba adelantada en todas sus empresas. La habitación complicada de su morada, el salón, le ocasionaba las mayores preocupaciones. Aunque la fecha en que introduciría a otra persona que no fuera ella misma estaba lejana (1er y 4to martes), empezaba a limpiarla por la mañana con miradas de envidia despectivas hacia el edificio vecino: no más habitaciones distintas para hablar y comer, las dos operaciones se desarrollan en un cuarto de estar mucho más fácil

para cuidar pero en el que usted tiene apenas espacio para moverse. Marguerite había encontrado la manera de limitar sus sufrimientos al vender el canapé. De manera incomprensible, había conservado la alfombra a pesar de su área muy grande. Estaba cortada en dos a todo lo largo debido al número de veces que la había puesto a caballo sobre un alambre para cepillarla. No más cortinas y nada más en las paredes. Pero los sillones bastaban para su tormento. Cada cual, según si era "cabriolet"* o poltrona*, tenía su cantidad apropiada de cepilladas. Por lo tanto había que ponerse temprano en la tarea, con el peligro de que una distracción siempre posible la hiciera equivocar en la cuenta y la obligara a recomenzar. 36

La preparación de las cerezas en aguardiente, aún en el bocal más grande de la señorita Duplessis, no parece constituir un peligro. Para impedirle que se convierta en una mayor pasión, hay esos meses de reposo en que nadie toca al bocal y durante el cual, sin embargo, el mundo sigue agitándose con avidez. Pasadas las cuatro semanas, pueden sucederles muchas otras sin que haya la menor urgencia para interrumpir el andar del tiempo, dicho de otra manera para destapar el frasco.

Fui testigo del acontecimiento una noche cuando volvíamos de la estación del ferrocarril a primera hora de la mañana. Al partir el tren, el silencio volvió a caer sobre la ciudad. En torno a nosotros, las calles estaban desiertas, las casas impenetrables. Ningún taxista 37

para cargar su valija grande y pesada, repleta de cosas indispensables cuando se empacaron y de las que muy pocas habían servido.

Nos alejamos de la estación, despacio, con frecuentes paradas en la acera. Al resplandor de los reverberos, yo veía las aletas de su nariz cubrirse con gotitas de sudor. Pero mantenía una alegría reconfortante para mí confiado hasta entonces y que me afectaba dolorosamente cuando sentía uno de los míos en dificultad. Fellow hacía círculos vacilantes alrededor nuestro. Echado tranquilo debajo de nuestro asiento durante todo el trayecto, necesitaba relajar su cuerpo grande y peludo de animal y cuando volvíamos a caminar, lo lanzaba en la obscuridad de las callecitas perpendiculares.

Entonces hubo detrás nuestro su paso lejano que se acercó poco a poco, lo que provocó apresurar en lo posible el nuestro, hasta cuando no hubo otra solución que parar de nuevo, poner la valija en el piso, volver a llamar a Fellow con una voz poco segura y enfrentarlo sin soltarme de la mano. 38

Pero usted era un amigo. Me parece que llevaba puesta una gorra. Tal vez usted era uno de los empleados nocturnos que, al terminar el turno, se reúne, con su familia en la profundidad del sueño. Con voz tranquilizadora, preguntó donde íbamos. Era su camino.

Al levantar la valija sin esfuerzo, la llevó en zancadas tan largas que nos costaba trabajo seguirlo. Fellow ya no se atrevía a abandonar nuestro grupo. A esa hora, las calles permanecían sumer-

gidas hasta la mañana en un torpor completo. No circulaba ningún automóvil.

Atravesamos la ciudad, haciéndola resonar más por el ruido de nuestros pasos que por el de nuestras voces ya que usted no era conversador. Después de poner la valija frente a la puerta, había querido seguir su camino. Pero ella deseaba hacer algo por usted. No sabía qué cosa. No se atrevía a ofrecerle dinero. Insistió para que entrara. Y usted, que temía molestar, vaciló antes de recoger la valija que hizo chocar con la puerta al entrar, luego con la pared del pasillo antes de dirigirnos con el resplandor de su encendedor hasta el comedor donde permaneció parado, respirando fuertemente, mientras ella se afanaba con los fósforos en torno al contador. 39

Restablecida la luz, ella notó que la casa, abandonada esas últimas semanas, olía un poco a moho. Entonces abrió una de las puertas labradas del aparador. Las cerezas estaban ahí, no se habría sabido en qué verano maduraron si un minúsculo membrete, pegado contra el vidrio del bocal, no hubiera indicado la fecha. Y gracias a usted, esa noche, sirvieron al fin.

Mis ojos, que no debían sobrepasar en mucho la altura de la mesa, lo vieron acercárselas a su cara sencilla y franca. Usted les ofreció la atención que se merecían, al masticarlas con lentitud, con serenidad, siempre con su gorra puesta, la cabeza inclinada como si estuviera intrigado por el ruido del vertedero, y chasqueando la lengua. 40

antes de absorber otras cuantas. Bruscamente, regresó al fresco de la madrugada, y la puerta cerrada tras de usted, y sus pasos lejanos después de tantos años, ¿quizás sólo queda ahora el relato breve de su aplicada comunión?

Entonces los rosales se habían trepado ya a las persianas y dificultaban manejarlas al pasar a través de las hendiduras. Después de haber logrado abrirlas del todo, se preguntó si era necesario tener la luz encendida. Pues la aurora hacía penetrar en la casa y descargaba sobre los muebles luces imprecisas al principio, definiéndose a cada instante como los cantos de los pájaros sobre los árboles cercanos, resplandores similares a los que ahora no tienen dificultad alguna para entrar en la misma habitación desde que nada hizo para protegerse de ellos.

Pero en lugar de dejarme guiar, cayéndome de sueño, por pasillos donde el día no había tenido aún la fuerza de penetrar, hasta mi cama plegable de sábanas frías, no lejos del cuarto ocupado por mi abuela durante mucho tiempo, ando errando en otros lugares sin saber mejor donde voy. Desde hace largos años, esta casa no es ya la mía. Pero para la señorita Duplessis el tiempo no ha pasado de la misma manera. No ha alterado nada. Me quisiera a su lado, niño todavía, en cada una de esas horas que ella adivina preciosas. Llego. Me acerco. Le digo que mejorará. Me mira bajo los pesados párpados. ¿Acepta la mentira o quisiera oír por el contrario la verdad con el fin de que

nos enternezcamos y lloremos por su cercano fin? Ya tengo que partir. Alejándome, sigo ahí ya que los mínimos recodos de la casa me son conocidos. Pero la enferma no sabe nada acerca de mis peregrinaciones.

Tampoco sobre las que hago por la ciudad. La he recorrido varias veces desde la infancia. Nunca me había parecido tan diferente. 42 Sin embargo los cambios son poco numerosos. Cuando la guerra no ha aplastado una ciudad, se necesita siglos para transformarla. La gran modificación está en el centro, bajo el aspecto tan tosco de un "Precio Unico"*^{in France}, tan rebotante en música que ya no me permite recordar a qué cosa le tomó el lugar. Lo conocía porque un día ella me dijo: "Hay que hacer su elección y servirse uno mismo. Es un poco deprimente cuando no se tiene ya a nadie a quien dirigirse."

He aquí el bazar muy recargado, en cuyos pasadizos estrechos vuelvo a ver cada año el pequeño, el gran automóvil a pedales y faros eléctricos, el reluciente, el más bello y deseable objeto que nunca poseeré, ese bazar lleno de autos ahora hasta en su sótano y sus pisos ya que se convirtió en un garaje. Esta es la casa del falso amigo que un juego me hace perseguir, quien cerca del berral de repente, se voltea, me mira con odio y me desgarró la cara con las uñas. Y la calle donde 43 una muchedumbre exaltada ríe, canta, llora de alegría, vitorea y lanza flores a las tropas que desfilan y entre los cuales — lo repito a quien me levanta del piso para dejarme ver por encima de las cabezas —

debe aparecer de un momento a otro el oficial que sólo yo espero y que me va a estrechar contra su rugoso pecho azul.

Sigo caminando por las mismas calles donde nadie se agrupa para preocuparse del acontecimiento trivial que se prepara en la casa junto al río. Nadie se interesa por mí. Me miran pasar, entre los ^{apellidos} llevados sin preocupación por sus quehaceres de una calle a la otra.

Pero me bastó virar a la izquierda y otra vez a la izquierda como lo hace ese niño con el bulto sobre las espaldas para llegar al mismo pórtico gris sobre el cual han caído tanto sol y lluvia sin que se haya considerado necesario volverlo a pintar. El niño no empuja la puerta de pasador flojo. Prosigue su camino. No tiene una mirada para el patio vacío, para los pequeños edificios de cristales. ¿No es de ahí que suben, ya que vienen hasta mí, los gritos juveniles del recreo, la voz clara* de las maestras? Se apresura, porque quisiera tener tiempo para jugar un poco antes de la clase o porque está retrasado. No oye otra cosa que el rumor del taller donde usted se ocupa a su vez, con máquinas que no tienen que llamarlo al orden ya que no le dejan tiempo para soñar.

44

Yo que sigo ignorándolo, insensible a sus esperanzas de aumento, a sus proyectos de vacaciones organizadas, me ocupo en dejar un margen en el que escribo y subrayo con la regla, tal como me lo han recomendado, las tres iniciales benéficas J. M. J, gracias a las cuales mi tarea tendrá las mayores posibilidades. Y no me debería sorpren-

der ver a la vuelta de la callejuela la madre de una de esas niñitas que me miran insistentemente y con disimulo, sentadas en el mismo banco que yo, y me hablan de singulares tentativas con la esperanza de pro- 45
 vocar mi deseo. Mientras percibo la voz de la madre, con un tono tan particular que su sonrisa olvidada vuelve de repente para mí solo sobre su cara demasiado pálida, estoy fascinado por su intensa presencia. Permanece en mí entretanto el sentimiento obscuro de algún engaño. Mis ojos se fijan en una imagen a la que mi juicio me dice que no tengo ya derecho. La siguen intensamente a lo largo de la callejuela desierta como si me fuera a arrastrar hacia un lugar que no me sería totalmente desconocido y en el que tendría quizás la revelación de las cosas ocultas de ese tiempo. Entonces llega el momento en que me doy cuenta que estoy completamente solo, desconcertado, incrédulo, niño viejo canoso, parecido y diferente a la vez.

Más que los lugares, son los seres humanos los que han cambia-
 do. ¿Estaban en otros tiempos tan tristes, ellos que no hacían sus compras con música, y tan apresurados para ir hacia otros lugares, hacia otras personas, poco dotados los unos y las otras, según las apariencias, para reconfortarlos?

Ya no se detienen en el umbral de su puerta. Se detienen algu- 46
 nas veces para hablarse, apresuradamente, como si fueran culpables de algo. Pero cuando se despiden diciendo que no tienen tiempo, ninguno imagina que el tiempo les es en efecto medido y que quizás jamás

volverán a verse.

Paso en medio de ellos. No me miran. A veces, obligo a uno a darse cuenta de mi presencia al preguntarle una dirección que creo reconocer. Me contesta con un tono indiferente. Nadie se vuelve para ver si retengo la información y si voy en la dirección correcta. No obstante me sucede ver una repentina atención en una mirada, como una curiosidad confusa. Vacilo. Un pudor se mezcla a mi impulso, a mi deseo insensato de retroceder. Quisiera detenerme, permanecer insensible al estrago de las arrugas en la cara para poner una voz tranquilizadora:

Escúcheme, por favor. Hablemos juntos de lo que existió, ¿quiere? A pesar de la agitación, del ruido que nos rodean y por los que el presente trata de hacerse olvidar, impidiéndonos otra vez sorprenderlo y detenerlo, tratemos de recordar tan solo un momento los días en que la casualidad y la simpatía nos acercaron un poco. ¿Hubiéramos estado a punto de ser amigos? Nunca nos hicimos verdaderas confidencias. Nuestras alegrías, nuestros dolores permanecían aparte es esos encuentros en la misma ciudad y el mismo vecindario, durante los cuales se intercambiaban las dulces banalidades de la vida diaria y el encanto debió ser muy discreto ya que tuvimos en el momento muy poca conciencia de él, y muy fuerte ya que renace de pronto al verlo. Pero sus ojos se desvían rápidamente de lo que creyeron reconocer y que era el desalentador reflejo de su cambio.

He buscado mucho hasta en los suburbios donde se han construido tantos edificios nuevos que me creía en otra ciudad. Es necesario que sepa lo que encontré. Sólo los niños estaban alegres. Su tiempo avanzaba y el nuestro había pasado. Había que dejarlos jugar. No era a ellos que yo podía decir: ella va a morir muy cerca de aquí, no podéis permanecer indiferentes. Pero a usted que la conoce, no importa si nunca se encontró con su larga silueta sombría, vacilante en el borde de las aceras (se alejaba poco de su calle en estos últimos años), no importa si ella no entró a su casa para una información, un pequeño favor que pedía sonriendo con una voz un poco confusa por haberlo molestado, con las precauciones de quien se siente solo y débil, pero también en sus inflexiones con algo inocente y fresco, que lo sorprendía en una persona vieja, dándole deseo de ayudarla. Sé que ella forma parte de su vida. Ella oyó sonar a lo largo de la suya propia, las campanas de sus alegrías y penas. Al no tener una familia para distraerla, la conmovieron algunas veces. Aún respira el mismo aire que usted. Tenga un pensamiento para ella. Eso bastará y podrá seguir con sus ocupaciones.

48

Las personas que yo vi preferían las muertes violentas en sus pantallas y periódicos. Los animales proporcionaban a otros grandes enternecimientos. Ninguno quiso escucharme cuando hablé de un final natural del que en su honor había que hacerse cargo. Los hospitales estaban llenos. Las clínicas, hechas solamente para curar en un nú-

49

mero de días determinados, cerraban su puerta a la sola mención de una enfermedad fatal. Se conocía a una religiosa compasiva. Estaba en un viaje de excursión.

Entonces recordé una especie de ausencia triste en su cara tan pronto como usted pasó los años de juventud. Hasta aquí, se llevaba tan bien con las cosas que no les prestaba atención. Pero yo estaba un día en la plataforma de un autobús que lo llevaba de una preocupación a la otra. Su cara era inexpresiva, su boca estaba apretada, se dejaba llevar por el traqueteo. Bordeábamos en el bulevar una hilera de castaños en flores, pero su mirada, que la breve visión del río no había refrescado, se deslizaba de árbol en árbol sin fijarse en ninguno porque la primavera no lo necesitaba más para desarrollarse. La es- 50
pera por otra cosa, algo mejor e imprevisto es en usted tan obstinada que tengo tiempo para ahondar en ello dolorosamente, diciéndome: "Ya que vivimos juntos los mismos años, quisiera hacer algo por usted mientras es aún posible..." ¿Qué añadir que ya no haya adivinado? Lo sabe: Lo que nos está sucediendo no es bueno. Los seguros lo protegen contra varios inconvenientes. Todavía no saben evitarle el último riesgo. Y cuando su turno llegue no encontrará en un mundo tan orgulloso de sus progresos ninguna mirada compasiva que se detenga sobre usted. Ni siquiera la de los mercenarios.

Vagabundeo y vuelvo, en la casa que conozco tan bien, a sentarme a su lado. Quisiera saber si necesita algo. Mueve la cabeza sin

abrir los ojos. En el gran silencio que sigue, sólo hay su aliento y el rumor lejano del agua que sigue deslizándose y vertiéndose. No le puedo decir qué enseñanza traigo de mi vagabundeo. Ella parece haberlo comprendido desde hace tiempo. Puede ser que una soledad soportada tantos años no se vuelva más pesada cuando el final se acerca. Me pregunto si, los párpados cerrados, no desearía otra cosa que proseguir el diálogo consigo misma.

51

Más que todas las cosas que me contó, me repitió, las que no me fueron dichas están quizás a su alrededor ahora. Imágenes de los días de juventud en que un encuentro, una mirada son el comienzo de un gran amor. Pero no existen tan solo las pasiones recíprocas. También se pueden desgastar con lentitud con los obstáculos que las normas levantaban en torno a las jóvenes de la época.

De lo que sucedió luego, fui testigo poco atento hasta el momento en que, al bajar de súbito el tono de la conversación, desperté de mi sueño para tratar de entender su significado. De regreso de una ausencia en la que me habían dejado al cuidado de una sirvienta, ellas hablaban animadamente del encuentro que habían tenido, que esta vez no era fortuito, sino que había dado lugar por el contrario a investigaciones y preparativos.

52

De tal manera entró en nuestra vida el oficial de marina. Estuvo más presente así que si hubiera pasado el umbral tanto se habló de él. No me imaginaba, cada vez que mi abuela y mi tía se ausenta-

ban, que pudieran verlo de otro modo que sobre su navío donde debía recibirlas en uniforme de gala, rodeado de marinos respetuosos. La señorita Duplessis insistía a pesar de ello en su sencillez, permitiendo que su madre observara con una sonrisa que el oficial no le era indiferente. El había ofrecido, parece, el mejor ejemplo de esta cualidad cuando, ya establecida una atmósfera más familiar, se quiso saber lo mejor que se debía hacer sobre un navío en plena batalla y él había contestado sin vacilaciones, que era esconderse. Su definición del heroísmo, repetida varias veces ante mí en las reuniones nocturnas, había puesto en un alto punto el prestigio del oficial de marina. Su caída sólo por eso pudo ser más brutal. De pronto, no se volvió a hablar más 53 de la vestimenta para subir a bordo... Transcurrieron meses durante los cuales tuve la impresión de que el navío se había alejado definitivamente de nuestra ribera. Luego, un día que las voces bajaban y mis oídos se paraban, tuve la revelación de la avería que había puesto fin a tan hermosa carrera y al mismo tiempo a las esperanzas de la familia. Se trataba de un hilo, que lo ataba decían, de pies y manos,* aventura peculiar para un marino pero que dejó de extrañarme cuando se agregó en suspiros que ese hilo era un cable.

Después apareció el castellano. No más ante mis ojos. Pero tan meticulosamente evocado que veo todavía su pelo tupido, su tez colorada, sus ojos curiosos, sus manos y piernas cortas, las primeras enguantadas, las segundas envueltas con botines de tela de saco de co-

lor obscuro con botones. Su descripción me daba la impresión de que lo estimaban menos que al oficial. Su morada era tan grande que, aún sirviendo de refugio a su madre y sus hermanas, hubiera podido todavía albergar hasta a sus primas más lejanas. La capilla donde estaban sepultados otros parientes recibía varias veces al día la visita de su familia y de él cuando no estaba ocupado en llevar los enfermos en camillas a Lourdes. Si las manos y las piernas cortas del castellano no atraían la simpatía de la señorita Duplessis, la capilla hubiera debido halagar su piedad. No parecía estar dispuesta a unirse a las devociones de la madre y de las hermanas. Sin embargo la morada tenía un aspecto imponente. En esta ocasión pude verla y también visitarla detalladamente gracias a una película que se rodó en el lugar con la autorización remunerada del propietario. La capilla representaba un papel importante. Por la noche, una pálida persona levantaba lentamente la piedra de una de las tumbas, recorría todos los cuartos, se paseaba por los bosques, por la orilla del estanque, y volvía a recostarse por la madrugada. Aunque le gustaban mucho las historias sobre los fantasmas, mi tía no pareció apreciar ésta. En cuanto a mí, tuvieron dificultad en convencerme que no se trataba de la madre, ni de las hermanas y que el enano que reía burlescamente entreabriendo las puertas no era mi futuro tío. El camillero de las piernas cortas perdió toda oportunidad el día que la señorita Duplessis se enteró por un notario astuto que el castellano llevaba extraordinariamente bien sus ganade-

rías y se las entendía mejor que nadie para vender por sana una res enferma. Creí mucho tiempo que, al igual que el enano, él había caído en el pozo sin fondo del olvido.

Mi abuela hizo otros intentos. Sus probabilidades de éxito disminuían al mismo tiempo que aumentaba para ella el apego de su hija. Esta quería ciertamente casarse, pero se le había pasado el tiempo en que la separación hubiera sido natural y dulce por ser seguida al instante de una nueva pasión. En lo sucesivo, ella no estuvo ya tan disponible. Esos hombres con quienes la hacían encontrarse la querían alegre. Buscaban en sus ojos la preciosa despreocupación que hace soñar. Encontraban en ellos una melancolía poco tranquilizadora. Es que al presenciar la decadencia de su madre, sabía de antemano, día por día, el dolor de perderla y el de su propio anonadamiento. No imaginaba en efecto que su existencia pudiera prolongarse más allá del temido suceso. A pesar de la sorda rebelión de una vida llena de fuerza, ella aceptaba su condena con una resignación desesperada. 56

Mi abuela murió. Y lo que había tratado de evitar se produjo: la señorita Duplessis permaneció definitivamente sola. Sin embargo hubo un último intento del cual otro miembro de la familia, seguramente mi madre, había tomado la iniciativa y en el cual estuve esta vez presente.

Se trataba de un abogado establecido en no sé qué país del Cercano Oriente y que deseaba llevarse una esposa para allá. Con un

traje obscuro y camisa blanca de cuello duro, parecía más bien que se había cambiado para una ceremonia fúnebre. Había vivido allí bastante tiempo como para que encontráramos natural su pelo muy negro, su tez morena, sus mejillas carnosas como el resto de su persona, las miradas sombrías que paseaba, lentamente, tristemente sobre mi tía mientras que ella servía el té según la tradición de semejantes entrevistas, es decir con una falta absoluta de naturalidad. Cada vez que se acercaba a él, ofreciendo azúcar o pastelitos, tenía derecho a esa larga mirada cansada que no estaba hecha para darle confianza. Con breves sonrisas afectadas, contestaba con una voz que yo no le conocía las palabras amablemente aburridas que él le dirigía. Su trabajo le había dado la costumbre de preguntar. Las preguntas que él hacía — ¿Le gusta el teatro? ¿Le gusta viajar? — eran de esas que cualquiera puede hacer inocentemente en el curso de una conversación mundana. Pero cada una me hacía pensar en la razón por la cual el abogado estaba ahí. Yo miraba con preocupación a mi tía. La hubiera querido rápida, brillante, paradójica, quizás agresiva también ante temas que no comprometían a nada. Su duración imprecisa la hacía perder el hilo. Demasiado honesta para engañar, confesaba su ignorancia. Como adolescente, yo presentía en todo esto algo inútilmente cruel e inconveniente. Cuando el examinador se marchó, tuve la impresión de que la candidata no se había recibido. No tenía importancia, ya que nos declaró en seguida que le desagradaba. 57

Y ahora que estamos el uno cerca del otro en el gran silencio de una casa que ha permanecido tal como la conocí en el tiempo cuando su vida debió haber cambiado, trato de consolarla de que no le haya ocurrido nada. Mas no soy el hijo que ella hubiera podido tener y que debería estar ahí, tratando de ocultar su angustia tras los pesados párpados que ella le hubiera dado, o bien, se hubiera parecido más al padre, impetuoso y voluble quizás como el oficial de marina.

58

Familia que ella no tuvo, usted vino hasta ella algunas veces. Después de haber esperado durante semanas, meses su visita, se estremecía con alegre emoción a su timbrazo. Ustedes llenaban de pronto la casa. Un poco turbados primero por el desgaste de una decoración que había tenido vida y cuya decadencia se esforzaba en ocultar, se sentaban con precaución en los sillones de los adornos gastados para responder a las preguntas que ella repetía sin cesar. Estaba demasiado alegre para que se pudiera sospechar que lo hacía por curiosidad. Simplemente, le apasionaba todo lo concerniente a usted. Quería saber todo lo ocurrido lejos de ella cuando hubiera querido tanto estar presente e implicada en su vida. Desempeñaba en ella, no obstante, un papel a su manera, al no olvidar nunca el día de su onomástico, el de su cumpleaños, y al pensar con fuerza que la postal con la que celebraba el acontecimiento llegaba a su poder la víspera y la sorprendía.

59

Terminados los preámbulos de la conversación, usted se envalentonaba. El encanto de la casa la aprisionaba. El ruido del ver-

tedero le llamaba la atención. Cuando la veía mirar hacia el jardín, le proponía dar una vuelta en él, excusándose de no acompañarla. Era necesario que preparara su pequeño festín.

Este planteaba un problema. Debía reunir dos cualidades difícilmente compatibles: ser poco común y económico a la vez. El escalope de ternera de sus pulpetas* era de una extremada delgadez. Enrolladas, envueltas la víspera con un hilo para zurcir, habían dorado junto a una zanahoria antes de cocer a fuego lento durante dos horas. El cangrejo japonés, pariente pobre pero digno del bogavante, añadía a las cualidades requeridas la de ser preparado rápidamente. Lo adornaba con una mayonesa. En los recipientes* de porcelana de diseño florido, con el reborde ondulante, y que reservaba para este uso (o para el de la crema de chocolate), añadía el verde adorno de una hoja de lechuga.

60

Naturalmente, usted le brindaba su ayuda. Pero ella se avergonzaba un poco del desorden de la cocina y usted se contentaba con poner la mesa, quitando el polvo a escondidas mientras ella no miraba los bellos platos con hilo de oro que raras veces se usaban.

Mientras tanto, los demás recorrían el jardín. El estanque, el berral tenían el ancho ideal para saltar por encima sin gran riesgo. De una pequeña construcción que sirvió en otros tiempos de caballeriza, alguien salía, cubierto de telas de araña, y agitando un objeto difícil de identificar, cuyo uso había sido evidente varios años atrás, y sobre

61

el cual cada uno daba su opinión.

Pero era sobre la superficie del río que ellos preferían inclinar sus caras jóvenes. Apoyados con los codos sobre la verja oxidada que separaba el jardín del agua, callaban, vagamente impresionados por el vertedero, fingiendo no ver dos formas inmóviles, abrazadas en el banco de la península.

De pronto se oyó un grito. Se señaló con el dedo a un pez grande que nadaba contra la corriente entre las hierbas. Se había roto el encantamiento. Un padre con voz ahuecada aprovechaba del momento para relatar sus pescas y dar algunos consejos. Entonces una llamada hacía que todos se volvieran.

Estaba al pie de la casa en el vestido sombrío que se había puesto en honor a ellos. El más bonito, es decir el menos remendado, con un cuello en piqué blanco para aclararlo. Era el destino quien la hacía tenerse de tal manera derecha, una pesada llave en la mano, ya que los conjuraba de lejos a no apoyarse demasiado sobre la verja si no querían caer al agua.

62

Después de haber aliviado su conciencia, desaparecía de súbito. No había ningún sortilegio en ello. Algunos peldaños la habían llevado a una puerta disimulada bajo la escalinata y que abría difícilmente con la pesada llave. Después, todo le era simple. Conocía el sótano tan bien que no necesitaba luz alguna para moverse en él. La poca que entraba por la puerta abierta le bastaba. Cada día en invierno, venía

a buscar un cubo de carbón y aprovechaba para echar una ojeada a las palmeras que había trasladado allí en sus tiestos para protegerlas contra la helada. Cuando las encontraba amarillentas, las regaba. No se entretenía debido al frío. En el verano por el contrario, el sótano era una de sus excursiones favoritas. Nada preciso tenía que hacer allí. El lugar en sí le gustaba con su fuente que afloraba en un pequeño estanque rectangular que una canalización subterránea comunicaba con el del jardín. Un día, al arrodillarse para evaluar la profundidad del estanque, sintió bajo su mano apoyada en el piso un objeto duro que había confundido primero con una piedra. A la luz, se convirtió en una moneda antiquísima, indescifrable. Romana, le aseguraron. Recordó entonces un artículo aparecido en el periódico local que hacía de los subterráneos de la ciudad una descripción realista por un lado, y lírica por otro, y que había recortado cuidadosamente. Una de esas misteriosas galerías debía llegar hasta su casa... Su afición por las piedras viejas había transformado con facilidad esta suposición en certeza. Una morada tan antigua debía tener su subterráneo. El acceso a éste era invisible porque estaba amurallado. Esperaba descubrirlo al pasear largamente sus manos a lo largo de la muralla. Y varias veces se inmovilizaba en un ensueño. Sus ojos se acostumbraban poco a poco a la obscuridad. Un ligero temor se apoderaba de ella, pero era menos fuerte que el deseo de un descubrimiento diferente. Amaba tanto al pasado que estaba preparada a todo: podía manifestarse bajo

no importa qué forma. La gran sombra extraña y silenciosa sobre la muralla, era quizás la del legionario que había dejado caer su moneda, la buscó durante mucho tiempo, y no se decidía a marcharse definitivamente. Si algún ruido venía del jardín, ella dudaba de su realidad, prefiriendo el murmullo de la fuente que escuchaba larga e intensamente, porque le parecía de acuerdo con los tiempos remotos.

64

En la circunstancia excepcional que era una visita familiar, no podía entretenerse. Fue directamente al gran botellero que llegaba hasta la bóveda y cuyos anaqueles estaban vacíos salvo uno. Allí descansaban botellas cubiertas con una capa de polvo tal que volvía inciertas sus formas. En la mano en que sostenía la pesada llave (no la dejaba en la puerta por temor a que alguien al pasar por allí la encerrara), había un estuche para espejuelos y otra llave, muy pequeña. Se ponía los espejuelos, abría el candado, luego la reja del botellero que, raramente maniobrada, resistía antes de ceder bruscamente con un ruido de chatarra vieja. Miraba las botellas muy de cerca, sin tocarlas, ya que tenía un miedo horrible de equivocarse desde el día en que fue responsable de una sofocación felizmente breve al confundir un coñac y un madero. Escogida ya la botella, la subía con infinitas precauciones, sujetándola lejos de ella por el gollete, apoyándose con la otra mano en la barandilla de piedra de la escalinata sobre la que están dispuestos algunos grandes caracoles fósiles.

65

Luego llamó a todos para la mesa. Antes que se sentara, uno

de los niños le tendió una rosa. Aunque recogida entre las que crecían en su jardín, esta flor le causaba un inmenso placer. Fue en seguida a llenar con agua un florero para ponerla. Más tarde, sus pétalos serían conservados sin duda entre las páginas de un libro. Los muchachos se maravillaban ante la belleza del jardín. Proponían volver un día para limpiarlo. Ella aceptaba su oferta con una sonrisa agradecida, a sabiendas de que nunca se cumpliría.

Cuando la esperanza de tener un esposo e hijos no la había abandonado todavía, me sucedió sorprender su mirada puesta sobre usted, pensativa, interrogadora, melancólica y como llena de asombro. Reunidos alrededor de una mesa, usted no tarda en relajarse. Su carácter propio se borra. Codo con codo, usted lo olvida por el placer perezoso de ser tan sólo una parte del grupo. Entonces, usted revela con toda inocencia sus secretos. Usted, madre al acecho, usted recorre con una ojeada rápida esas criaturas despreocupadas que conoce tan bien porque cada una es un tormento diferente, porque el orden del mundo no quiere que usted esté serena ni colmada sino que una sea frágil de los bronquios, que la otra tenga malas amistades. Sus ojos se detienen un momento sobre la que no come bastante, antes de dirigirse hacia él cuya cabeza ya entrecana se vuelve a veces y parece pensar en otra cosa. Usted busca su humor en su cara. Es solamente calmada cuando podrá sonreírle y olvidar sus preocupaciones para parecer de pronto más joven. 66

Sus hijas cambian tan poco que ya se ve que mujeres serán. De un año a otro, no se reconocerían los muchachos, tanto sus rasgos se agrandan, desarrollando hacia adelante narices hasta entonces modestas como para afirmar mejor una próxima independencia. Entre ellos, se da la connivencia de la sangre y de la vida en común, que no necesita palabras y se revela con guiñadas, con risas nerviosas que se desprenden del silencio o por el contrario con una frialdad hostil. Y usted que desea tanto a su alrededor la armonía como para hacer el voto insensato de que dure siempre, se deja distraer por una palabra, por un gesto. Se dice otra palabra, seguida por otro gesto. Un detalle de la vida que pasa se apodera de su mente. Otro le sigue con rapidez. Usted observa a su alrededor, escucha. Como si, en la confusión repentina de no sentirse más disponible, adivinara que la felicidad está ahí, en la mesa familiar. Sin duda, bastaría detener por un instante esa suave, esa inútil y no obstante necesaria charla para sentirla mejor, para sujetarla encima de las cabezas inclinadas y hacer que sea más fuerte y dure más tiempo.

Hasta el final de la comida, la botella permaneció en el borde del aparador, anónima bajo su capa de polvo pero visible su contenido de champaña. El descorchamiento era un momento excitante. Ella suplicaba a quien quería llevarlo a cabo hacerlo con una extrema dulzura a fin de no provocar una sacudida al vino ni a ella misma. Tenía horror de las detonaciones y se tapaba los oídos con las manos hasta

que era evidente que nada ruidoso se produciría. No solo el corcho no saltaba, sino que también se dejaba quitar sin la mínima resistencia. Entonces, llenaba las copas con esa bebida extenuada. La felicitaban por su singular sabor. Aún tenía, a pesar de las apariencias, bastante fuerza para provocar euforia. Los momentos que seguían eran favorables para los recuerdos, para el enternecimiento. El pasado se instalaba en un conmovido recogimiento con largos silencios durante los cuales cada uno soñaba a su manera con lo que se acababa de decir. Entre esos muebles antiguos, no muy bonitos y un poco tristes, cerca del jardín abandonado a medias, usted se dejaba adormecer en la paz de la tarde. El lugar lo poseía hasta el extremo de que ya no oía el ruido lejano del vertedero. Se decía que quizás la vida sería dulce allí. Pero rápidamente recapacitaba y hablaba de irse como para escapar de un peligro.

69

Ella trataba de retenerlo. Tenía algo que mostrarle. Una fotografía, una carta puesta a un lado para la circunstancia y que iba a olvidar otra vez. Después de haber agotado pequeños ardides, confesaba cuanto placer le produciría que prolongara su visita. No se atrevía a llegar al extremo de decir que su soledad se volvería más pesada en un momento. Eso se veía en sus ojos. Prometía volver. La invitaba para las próximas vacaciones. En la protección que le concedía había una indiferencia muy leve, inconsciente, mucha lástima y una inmensa simpatía.

¿Hay que dejarla en realidad con su ilusión? Mientras puede oírme aún, verdad que me toca murmurarle todo lo que ella cree saber porque lo leyó en las novelas y que a pesar de ello no tiene su verdadero peso hasta después de haberlo vivido: vuestras discrepancias profundas, inconciliables, vuestras disputas en las que las palabras cambian de sentido de uno al otro, vuestras aflicciones, vuestras sospechas, vuestros celos, vuestras traiciones, vuestras rupturas. Y la amenaza no sólo sobre la vida de una madre, sino sobre aquellos que llamáis "los vuestros", multiplicada por su número y presente a cada instante. 70

No podría adivinar todo lo que puede ocurrir en un día demasiado tranquilo. No obstante esas horas serán — así lo tienen decidido — iguales a las precedentes. Saben con exactitud como las usarán. A fin de asegurarse de que no se les escaparán, que no "se perderán", incluso han escrito en una libreta delante de cada una el nombre de aquellos con los que deben encontrarse. Ellos también saben desde hace días la hora, el minuto del encuentro. Los unos y los otros, se han adueñado del porvenir. El suyo no le bastaba. Ha llevado la presunción hasta a disponer del de sus allegados. Sus vidas deben seguir sin tropiezo hasta el instante, fijado también, en que los volverá a encontrar. 71

Sin embargo lo trágico rondaba en torno a usted. Antes de revelarse, dio al día un matiz un tanto diferente. Debió ser más sensible a esto. Tal vez algunas señales anunciadoras le habrían permi-

tido desviar la amenaza. Pero estaba tan comprometido en la acción cotidiana que su sorpresa es total cuando de pronto, tan cerca suyo, estalla el grito. O quizás es en el teléfono una voz desconocida cuyas vacilaciones le hacen palpar el corazón tanto teme, tanta prisa tiene en saber lo que debe decirle. El escalofrío glacial entre los hombros, la vacilación en torno suyo de las cosas que decía también familiares, pues desde hace tiempo formaban parte de su vida, que de pronto se vuelven extrañas y que ya no reconoce porque ha cambiado en un segundo. La angustia. Aceptable si sólo le concerniera, pero que puede tomar en forma intolerable por objeto su nueva y más joven apariencia, ese recomienzo que desea mejor logrado y más feliz, que no comprende lo que le adviene y que el destino hubiera podido salvar si necesitaba una víctima ya que lo sacude con el mismo golpe y lo aniquila.

72

No puedo describirle las imágenes. Las creería insoportables y las tendría presente hasta su último día. Caras desconocidas. Quisieran ayudar, consolar. Sus palabras inútiles, que acrecientan aún más su soledad. Una habitación blanca. Un olor soso. Se le pidió que se sentara ahí y esperara. No podía en efecto hacer otra cosa que mirar la pared, los asientos cromados, levantarse bruscamente para ir hacia la puerta abierta cuando alguien pasaba, volver a sentarse hasta el momento en que vió. A pesar de la prisa que se tiene para empujar las camillas sobre el piso engomado, vió lo que no debía ver: una cabeza echada hacia atrás, cabellos desordenados al concluir un

suplicio al que se quería escapar y que no obstante se sufrió de manera inconsciente. 73

Ella se conmueve con esas cosas cuando se las describen. No es posible que las imagine en su intensidad. No tuvo la afición ni la fuerza para dedicarse al sufrimiento ajeno. Se debe resignar a compadecer y rezar. ¿Pero quizás el Dios al que se dirigió con ardor toda su vida le habrá reservado pruebas que ni usted ni yo podemos imaginar para hacerse querer aún más y que, para ella, fueron enormes al tener que soportarlas en secreto? Su cuenta y la de ella, cuya suma nadie puede hacer, serían entonces iguales.

Una parte de sus tormentos se registra ya en las cartas, los papeles que veré sobre la mesa al volver los ojos. Páginas de pequeños cálculos a lápiz, tachadas, recargadas, vueltas a hacer un sinnúmero de veces con la esperanza de haberse equivocado y de encontrar al fin un poco más de recursos (cobrar las acciones del Ferrocarril el 3 de junio...preguntar al banco si los cupones de las acciones no se tiraron) y un poco menos de gastos (informarse para saber si no hay boletos especiales...si sólo permanezco un decena de días, es bastante caro a pesar de todo...tendré que hacer también un regalito a...) A esos testimonios de su preocupación diaria se añaden las recomendaciones que temía haber comprendido mal, que volvía a leer escrupulosamente, que seguían asustándola y que pronto ya no necesitará más: "Para conservar al reparo de la luz...No exceder la dosis prescrita..." 74

suplicio al que se quería escapar y que no obstante se sufrió de manera inconsciente.

Ella se conmueve con esas cosas cuando se las describen. No es posible que las imagine en su intensidad. No tuvo la afición ni la fuerza para dedicarse al sufrimiento ajeno. Se debe resignar a compadecer y rezar. ¿Pero quizás el Dios al que se dirigió con ardor toda su vida le habrá reservado pruebas que ni usted ni yo podemos imaginar para hacerse querer aún más y que, para ella, fueron enormes al tener que soportarlas en secreto? Su cuenta y la de ella, cuya suma nadie puede hacer, serían entonces iguales.

Una parte de sus tormentos se registra ya en las cartas, los papeles que veré sobre la mesa al volver los ojos. Páginas de pequeños cálculos a lápiz, tachadas, recargadas, vueltas a hacer un sinnúmero de veces con la esperanza de haberse equivocado y de encontrar al fin un poco más de recursos (cobrar las acciones del Ferrocarril el 3 de junio...preguntar al banco si los cupones de las acciones no se tiraron) y un poco menos de gastos (informarse para saber si no hay boletos especiales...si sólo permanezco un decena de días, es bastante caro a pesar de todo...tendré que hacer también un regalito a...) A esos testimonios de su preocupación diaria se añaden las recomendaciones que temía haber comprendido mal, que volvía a leer escrupulosamente, que seguían asustándola y que pronto ya no necesitará más:

"Para conservar al reparo de la luz...No exceder la dosis prescrita...

El tratamiento se hará bajo estricta observación médica."

Sólo se encuentra, no obstante, sus penas leves y aparentes, las que harán decir a los extraños: "No le alcanzaba el dinero" o "Parece que el propietario quería echarla de la casa" o aún "Sus sobrinos hubieran debido atenderla más." Su angustia profunda permaneció oculta. Ignoro cual habrá sido su tormento, si se asemejaba al de una madre en las noches en que ella sujetaba mi mano ardiente, esforzándose por protegerme contra los monstruos de la fiebre. En tal caso, estaba rodeado de extraños cuchicheos de donde surgían algunas palabras: "Bebe un poco más... No te descubras." Para ver si yo merecía llegar a ser un adulto, la naturaleza me enviaba sus pruebas. Y ya que triunfé estoy aquí a su cabecera, deseando a mi turno defenderla. Pero estoy sin juventud y sin ilusiones para hacerlo y he olvidado las palabras con las que se aleja a los fantasmas.

75

Entre esos momentos que no puedo llegar a creer tan lejanos y los que ahora vivo, hay una serie de días que nunca podría recordar si algunos rasgos despreocupados y alegres no vinieran a sustituir a veces la cara arrugada, el pelo blanco que contemplo con avidez.

¿Cuántas veces de un rostro al otro he vuelto a ver el jardín cuya grandeza no cesó en decrecer pero que nunca se inmovilizó en límites definitivos? Las miradas indiferentes del niño que jugaba en él tardes enteras y la mirada, intensa y triste, del hombre actual están separadas por una larga, una corta mezcla de años, llenos de ruido y confusión, de

76

palabras y gestos, de apresuramientos y dispersiones.

Nosotros, usted y yo, nos enfrentamos con el incomprensible desorden. Sucedió que una luz lo iluminó de súbito. Creímos ver como dominarlo. Pero la noche se volvía a cerrar rápidamente sobre nosotros. Y la señorita Duplessis, aunque la hayamos juzgado un poco al margen y como preservada por su soledad y su juventud prolongada, es obvio que el mismo tumulto había venido a perturbarla hasta en esos lugares sosegados, que había sido parte de nuestro sueño y que, para ella también, éste había sido en ciertas ocasiones una pesadilla insoportable.

Mi empeño en conocer sus angustias, en querer que hayan sido grandes no es una rareza. Siento que su destino, a pesar de la discreción de sus apariencias, fue en el dolor igual al nuestro y quizás mayor. Ella no me dirá nada. Cuando me acerco, apenas si expresa que me sabe presente. Ningún sufrimiento físico se manifiesta en su cara de ojos cerrados a medias, sólo turbados por el movimiento difícil y repetido de la deglución. Parece indiferente a cuanto la rodea, ocupada con otras cosas que no puedo ver y que deben ser muy absorbentes para exteriorizar esta expresión grave, concentrada. Acostumbrada a quedarse "frente a sí misma", juzga sin duda que es el momento más importante para examinar lo que se hizo y lo que no se hizo, lo que no concierne más que a ella.

Al margen del debate, me siento impotente y culpable. Dis-

gustado conmigo mismo, lo estoy también con ustedes, tan terriblemente llenos de vida que no pueden permanecer tranquilos. Entran, salen, haciendo siempre los mismos gestos, diciendo las mismas palabras, necesarias ya que de ello depende su subsistencia. Pasan, presurosos, distraídos por lugares llenos de personas a las que quizás tienen razón en no mirar ya que no los volverán a ver. Parece que tratan de huir, llamando, gritando, suplicando, amenazando, o al contrario amenazados, resisten a ataduras que se cerraron poco a poco en torno a ustedes, que rompen a veces para otros que con su complicidad se reanudan pronto. Sobre todo no pensar en lo que se acerca a la señorita Duplessis, encender otro cigarillo, beber de nuevo para que las horas pasen... escribir algo con prisa y con seriedad en la pequeña libreta, abrir la última edición del periódico, sacar un frasco del bolsillo del gabán y ensimismarse al tragar el medicamento, gesticular en una cabina telefónica esperando que los otros vengan a hacerlo a su vez.

78

Las horas no pasan bastante rápido. Se debería vivir únicamente la última del día que termina. Esa es la que uno debe apurarse más que nunca hacia el ser que espera, que lo espera, que no puede estar ausente ya que es irremplazable y hacia el cual uno se precipita. Entonces el mundo pierde toda importancia en torno a esa mirada que vuelve a encontrar la de uno. Se contempla intensamente, se acaricia una cara que se torna aún más hermosa para uno si se descubre en

79

ella alguna arruga. Se olvidará todo, tanto cuanto duren los abrazos.

No, no deberíamos dejarla ir. Pero la vida nos distrae con sus imágenes, con sus rumores. Fuertes luces nos niegan, múltiples llamadas nos ensordecen. Y mientras miramos, oímos, estúpidamente fascinados, la señorita Duplessis comienza a alejarse. Ha rebajado mucho de peso en estos últimos meses. Más liviana aún, en su cama de hierro, se aleja mientras su aliento acelera. No le teníamos bastante cariño. Hubiera sido necesario que la amáramos más.

Nos preguntamos qué regalos podrían retenerla. Aquellos que hubiera deseado recibir y que no tuvo. Sólo sabemos ofrecerle los insignificantes. Le gustan los chocolates. Rápido, los mejores. Conozco la repostería ante la que pasaba sin detenerse, creyendo haber resistido a la tentación, y donde volvía más tarde para comprar un muy modesto dulce (Padre, me acuso de haberme inventado un pretexto, de haberme desviado para...)

Las mejores cosas están un poco fuera de lugar en este marco tan ajeno al lujo y a lo superfluo. La caja es demasiado suntuosa. Hay que quitarle los lazos, abrirla por ella, darle el más bello de los chocolates que mira, casi dolorosa, que traga con dificultad mientras la ayudamos a incorporarse y que no parece haberla complacido. Demasiado tarde. Podríamos acercarnos, las manos cargadas de dádivas, la boca llena de promesas y resoluciones. Sería demasiado tarde. Se

aleja un poco más cada hora. Nadie sabe hacia donde va con ese paso lento y seguro. Creemos perderla y es ella quien nos deja atrás y nos dejará solos. Tenemos que impedirle que desaparezca si no queremos estar perdidos para siempre en lugares tan llenos de misterios y de extrañas sorpresas que todos los años que nos han sido dados no bastan para conocer sus desvíos.

Ahora sé que no diré nada sobre sus penas. Su muerte será púdica y educada, tal como le enseñaron a vivir. Ya nos ha molestado bastante y se prepara a llevarse todo lo que podría motivar nuestra confusión. Y yo niego a la inmensa, a la irremplazable mezcla de recuerdos el derecho de dejarnos. Quiero que se quede por lo menos algún tiempo entre nosotros, como sobre la playa desierta los hilos de agua que tardan en reunirse con el mar descendente, que la arena absorbe poco a poco y cuyas huellas nadie podrá impedir que el reflujo borre. 81

Debemos retener un poco más la multitud de deseos, pesares, impulsos, desalientos, infinitas tristezas y breves dichas de los que se compuso su vida y que, a pesar de las apariencias, son tan semejantes a, y están tan confundidas con las nuestras, que deben quedar entre nosotros algunas parcelas de ese lote común. Puede ser que aún haya tiempo de hacerle entender que no puede dejarnos para siempre. Ve, los ojos cerrados, más allá de lo que nos rodea, más lejos del jardín y del vertedero, en un pasado del que cree no tener nada para trans- 82

mitirnos, que es el mío sin embargo ya que aquél lo precedió y donde usted también puede reconocer imágenes del suyo.

Me inclino sobre ella. Que me permita acompañarla a esos lugares inseguros, tomarle la mano como ella hacía cuando el paseo era muy largo para mí. Usted forma parte de nuestro lejano viaje. Lo seguiremos tanto como podamos, con la esperanza de que nos ayudará en nuestras vacilaciones, que sabrá indicarnos con una señal si estamos sobre el buen camino. Cuando ciertas cosas se hayan dicho y corran por cuenta nuestra, entonces sabremos que ya no es posible que desaparezcan por completo.

Escúchame. Quizás no estás en condiciones de hablar. Pero me parece oírte repetir como en otros tiempos las mismas palabras: "escúchame". Ya que urgía despertar mi atención para anunciar una tal noticia. A menudo se había aludido a ello. Desde hacía semanas el rumor indeterminado y delicioso giraba en torno a mí. Pero llega el momento en que es necesario que se detenga, que se vuelva realidad. En tal caso el "escúchame" es necesario. Con él empezará el gran acto de las vacaciones. "Salimos esta noche, en la noche... mañana por la mañana. Las maletas están hechas, bueno, casi... A último momento trataré de acomodar la lona. Sí, habrá una crema con cerezas* para aquellos que tengan hambre, en su molde naturalmente. Oye... No esperes para traerme lo que quieres llevar. Sobre todo no me traigas mucho. Ya no tengo espacio. El...? Muy voluminoso. Bueno,

si tanto interés tienes en ello... ¡Ah no, no pensarás llevar esta vieja alcancía! ¿Para qué te servirá? No se ahorra durante las vacaciones."

La alcancía se quedará, añorada algunos momentos, olvidada muchos años en la obscuridad de un armario siempre cerrado hasta que sea necesario limpiarlo, cuando la muerte venga a desordenar y hacer que se pierdan las llaves, cuando se espera en el umbral, impaciente por transformarlo todo incluyendo el jardín, echando de menos el no tener poder alguno sobre la voz del vertedero, tratando no obstante de no mostrar la prisa de vivir.

84

En mi mano que apenas podía sostenerlo y donde ahora ocupa poco espacio, el objeto se volvió a encontrar, caja de metal corriente que contemplo, asombrado de que pueda hacer recordar de una sola vez tan fresca una impresión de otra edad, como si el pasado hubiera esperado con paciencia su hora con el fin de probar que nada existe mientras no estamos presentes para tomar conciencia de ello. Olvidé verdaderamente cuando, por quién y con qué herramienta se hizo la abertura dentellada que puso la alcancía fuera de uso. Ese mínimo acontecimiento, guardado intacto durante tanto tiempo en el rincón sombrío de otra memoria, no volverá a remontar para mí la cuesta de los años.

Escúchame. Llegaremos pronto. El tiempo nos pareció largo desde el último cambio de tren. Durante las paradas en las pequeñas estaciones, el empleado no cesa de caminar a lo largo del tren moviendo

85

la linterna de un lado a otro. Con voz lánguida, anuncia: "Sermizelles-Vézelay... El Vault-de-Lugny..." y el badajo de hierro golpea la campana con regularidad. Te despiertas a cada campanada. Cada vez es una estación diferente con el nombre escrito sobre los faroles de cada cierto trecho*. Entorpecido por el sueño, distingues mal y no ves los primeros. Sería una desgracia entrar en la noche sin haber podido leer. Felizmente, el tren se detiene y el empleado camina por los vagones con su linterna gritando:...No, lo oigo, no grita. Canta: "Vassy-Etaules... Voutenay". Con Arcy-sur-Cure, su canto empieza a rodar. Lo rueda tres veces seguidas, como las piedras que se tiran en las grutas profundas y no paran de rebotar de roca en roca. Cuando el hombre ha pasado, cuando la campana, golpeada por su pequeño badajo, ha vibrado largamente una última vez, sólo queda en la campiña sombría el canto de las ranas y a veces el de un grillo muy cerca al que los rugidos, las llamaradas de nuestro dragón no han turbado, ya que se sabe en seguridad en la sombra.

El dragón vuelve a partir, se sofoca como si tuviera prisa por alcanzar un lugar por fin digno de él. Adivinamos que la ciudad se acerca cuando resopla más fuerte y escupe gavillas de chispas a causa de la subida. Disminuye la velocidad durante un largo rato mientras la noche está aún oscura en torno a nosotros. Luego aparecen las primeras luces y la disminución de velocidad se acentúa. Este es el paso a nivel que corta el camino de tus paseos, el sendero a lo largo de la vía

con sus setos donde tu hermana y tú recogían moras. Al otro lado, está la pradera grande donde, si hace buen tiempo, quizás dejaron para toda la noche las vacas que te asustan y donde a pesar de ello vas a recoger setas que traes, orgullosa de ser útil en la casa.

¿Sientes el sobresalto del sistema de agujas y el último frenazo prolongado que hace que nos sostengamos los unos a los otros mientras reímos? Puedes bajar. Nadie vendrá a cerrar la portezuela tras nosotros. El tren no va más lejos. Como para decir que esta ciudad es una desembocadura, un lugar de excepción que se basta a sí mismo.

87

Las maletas permanecían sobre el asiento. Se llamaba Fortuny o más bien, creo, Antony, que tenía el busto tan alto que podía, verdad, inclinarse al interior del compartimento para agarrar todas las maletas sin subir sobre el estribo. Pero Antony es mucho más que un busto. Representa sobre todo el columpio del que nadie habla y que quizás ha fabricado ya, que seguramente fabricará para fijarlo entre dos pinos.

Los Chaumes... El sendero en la falda de la colina no sube hasta allí con bastante rapidez. Conoces tan bien todos los repechos pedregosos que lo acortan que después de cada escalada hay que esperar a tía Marie, sin aliento, un poco regañosa. Arriba, estás en tu casa. Es tan fácil encontrar escondites. Conoces casi todos los matorrales, casi todos los árboles, y todos los bancos. Tía Marie se dirige con preferencia hacia los nuevos. Se está mejor, dice, para coser o tejer. Pero éstos no tienen ningún interés porque se ha limpiado demasiado bien.

88

sus contornos. Los viejos son de piedra, con musgo en costras anaranjadas y gris. Obligan a tía a quedarse completamente derecha. Es precisamente la ausencia del respaldar lo que les permite, a tu hermana y a ti, jugar a la vendedora. Pero sobre todo tienen la ventaja de estar bien escondidos. Los pinos que los rodean de cerca cubren la tierra con una espesa capa de agujas que amortigua el ruido de los pasos y sobre la que cae de vez en cuando una piña. Tía les pide ir a recogerla. Para encender los fuegos del invierno, hace provisión de ellas en el bolso donde trajo las meriendas y su labor. Desde algunos bancos, se puede percibir las barracas de tiro al blanco que impiden que tu felicidad sea total... ¿Y si las detonaciones que te aterran fueran a estallar de pronto sin previo aviso? No puedes saber que los Chaumes están prohibidos a los paseantes los días en que se ejercita el club de tiro.

Pero terminas por olvidar tus temores sobre el columpio que Antony vino a fijar entre dos pinos. Te columpias, te columpias hasta el aturdimiento, aspirando el olor verdadero y fuerte de los pinos mientras pasa y vuelve a pasar ante ti tía Marie que, inmóvil sobre el banco, levanta una mirada llena de tranquila ternura. Entregada a la serenidad del momento, no sabe que su muerte será violenta. Sólo tiene una preocupación: que no se manchen con resina. Pero se esforzaría en quitarla antes del regreso y encontrarías natural verla girar alrededor de ti con su pañuelo, tan feliz de ser útil, queriendo a toda costa

que cada día de esas vacaciones tan esperadas sea una fiesta y que nadie sea reprendido.

Y cuando mi hermano y yo vamos a nuestra vez a los Chaumes contigo que tomaste su lugar, nos llevas de preferencia hacia los campos de tenis porque están alejados de las barracas de tiro al blanco. Observamos a los jugadores con admiración, sin envidia alguna, ya que no podríamos admirar más a esos héroes vestidos de blanco si tuviéramos el derecho de igualar sus hazañas. Y encontramos normal también que tía Marie esté siempre presente, semejante a lo que tú serás, sombríamente vestida verano como invierno, pero más bajita, más menuda, el cuello rodeado de una cinta de falla que ponía fuera de lo común a las personas dignas de su época, tan atenta, tan únicamente dedicada a nuestra protección (a fin de que su vida, se repite a sí misma, sirva para algo) que hubiéramos debido ofrecerle una vez al menos nuestra gratitud antes de que la atropellara un automóvil del que nadie la protege.

También a él, convertido a pesar de su busto grande, en una sombra tan ligera en la noche de la estación que su nombre también es inseguro, a ese Fortuny o más bien Antony que para tí no existiría más sin su columpio, quizás hubiera sido correcto decirle algo diferente e inesperado antes de que fuera demasiado tarde.

Antes de la construcción de su casa allí donde otras se levantan cada año. En la altura, lo que le evita tomar los repechos (le colo-

caron un mercado allí). Tan cerca de los Chaumes que no es posible que no hayan cortado algunos pinos para permitirle vigilar a los niños desde sus ventanas. Para ellos, ya no hay que inventar juegos. Imagino que en un lugar especialmente parcelado y muy poco secreto los monitores les enseñen como se juega. Mas no crea que podamos estar resentidos con usted por haber dado otra apariencia a los Chaumes, que fueron nuestros durante algunos años. Nadie sabe a que se parecía la colina cuando se le dió su nombre. Demasiado accidentada, demasiado recallosa para que se hubiera tenido la idea de hacer en ella siembras y cosechas, sólo podía acoger sobre sus pendientes las chozas de los leñadores que vivían entre los grandes árboles, apartados de la ciudad. Poco importa lo que haya sucedido a los Chaumes y qué aspecto tienen ahora. Lo esencial es que su autoservicio, su piscina hagan de ellos para usted también un lugar un poco encantado donde la felicidad es más fácil.

Pero la sombra de Antony puede que no esté allí para inclinarse hacia el asiento. Otras sombras se borran sobre el andén mal alumbrado de la estación. No las vuelvo a encontrar alrededor de los edificios de formas inseguras, ni en la plaza tan sombría que no se distinguen sus límites y de cuya realidad se dudaría si algunos vagones de carga no se entrechocaran ruidosamente a lo lejos. Quisiera ayudarte no obstante a ver la que ha venido a recibirnos, esta abuela que sonrío de inmediato, aunque siempre preocupada. El también, que tiene en

los retratos el cabello tan blanco, tan fino y que no pasea sin su grueso bastón. Pero tía Marie, joven para ti, vieja para mí, está siempre allí. Tartamudea de emoción tratando de tomar nuestras maletas.

Nadie lo permite porque es frágil y cojea ligeramente desde que le dio ^{el tifus} la tifoidea durante la infancia. Se resigna, nos llama "sus tesoros" y se apodera de nuestra mano libre. Entonces ves que se abre la puerta inferior del aparador. Moviendo a la derecha la perdiz de cabeza inclinada, a la izquierda la oreja de liebre, saca justo a tu altura los tarros de jalea de grosella y de frambuesa para las meriendas, y algunas veces una lata que contiene galletas glaceadas.

El perro que va y viene, molestando nuestros movimientos, obligando a nuestro grupo a detenerse de repente o a separarse cuando se lanza contra nuestras piernas, ¿será Stop o Fellow? La avenida de la estación está tan mal alumbrada... Stop es viejo pero está muy contento. La vejez puede impedirle que cace, no que manifieste su júbilo. Fellow es más tranquilo, aunque después de horas pasadas debajo del asiento necesite estirarse. Pueden uno y el otro vagabundear largamente en torno a nosotros sin ser vistos. Así como no puedo distinguir todo ese gentío que acude a mi llamado y que sólo tú reconoces. ¿Oyes sus voces cuando el ómnibus que lleva el baúl se aleja y disminuye poco a poco el tintineo de todos sus cristales sacudidos? Tu abuela interroga a tu madre que le da las noticias de toda la familia. Tu padre permanece callado. Se ha puesto sobre los hombros la correa del estuche

para las cañas de pescar truchas y silba de vez en cuando. Stop sale entonces de la sombra y viene con aspecto feliz para hacerse acariciar. Tía Marie les habla y les dedica particular atención. Sin alejarte de ella, te las arreglas para caminar cerca de Antony que está aquí otra vez. Es tan grande que su cabeza permanece en la obscuridad. Le hablas del columpio. Ha pensado reservar una bonita tabla. Tiene otro proyecto que quizás se llevará a cabo si nadie ve algún inconveniente en ello: el de una auténtica tienda de campaña en lona.

94

El trayecto hasta la casa no es largo. ¿Qué casa? ¿Tendremos el tiempo para verlas ambas? Entonces, aquella a la que hay que volver primero, aunque sólo por un momento porque todo en ella es tan simple, tranquilo, y allí no se puede sino ser feliz.

Vamos a bordear el parque de los Lauriers. ¿Han llegado los niños? Los verás en sus bancos en la misa del domingo. Las jóvenes te intimidan. Sin embargo, te sonríen cuando se encuentran. Ahora, a la derecha, está el muro del gran jardín de los Vigoureux, primos lejanos, creo, pero amigos muy allegados. Su tosca casa con escalinata y marquesina está llena de misterio. Uno creería entrar a una gruta debido a las rocas que suben de cada lado del vestíbulo hasta la arcada, hasta el espacio que ocupa la caja de la escalera que encierran, y a las asperezas de las que se agarran plantas trepadoras. Hay luz encendida en el primer piso. Escuchas para tratar de saber si esos niños están también en vacaciones. Pero todo está silencioso.

95

Ya deben dormir.

Allí podríamos tomar a la izquierda la calle Carnot y encontraríamos otra casa más simple aunque rodeada por un jardín. Para poder ir de ese lado, sería necesario que desaparecieran casi todos los que te acompañan, que Stop se pierda definitivamente en una de las callejuelas en las que hace, hocico tenso, su exploración, y que sea Fellow el que vuelva en su lugar. Luego la voz de mi hermano o quizás la mía se levantaría para preguntar con insistencia qué prodigio hizo que una vaca se introdujera un día en el jardín mientras jugábamos en él. Cansada por el viaje y por nuestras charlas, evitarías contestar y tía Marie, muy feliz de poder complacernos, nos narraría una vez más tartamudeando un poco la historia de la vaca visitante, escapada de un rebaño que atravesaba la ciudad.

Pero el tiempo de la calle Carnot, que fue sin embargo tuyo también, pasó sobre tí sin dejar huellas, y es a la otra casa a la que estás impaciente por llegar, la que se adivina al final del paseo de los Capucins, y cuya alta verja que débilmente alumbrada por un mechero parece servirle de cerco, se distingue poco a poco al avanzar bajo los árboles. Antes de llegar, al pasar delante de una puerta cochera sombreada por los árboles y en la que brilla el cobre de la campanilla, no oyes una última vez a tu madre preguntar a la suya con un tono compasivo: "Las pobres pequeñas; ¿no se casarán?...". Palabras en las que tú presientes un leve secreto sin que tu curiosidad busque porque siem-

pre se habla de las pobres pequeñas bajando la voz, del padre sobre todo como censurándolo. Ya hemos dejado atrás la morada en cuestión y aquella hacia la que avanzamos basta para absorberte.

Al resplandor del mechero, las dalias a lo largo del muro cobran colores que nunca se les ve durante el día. Mañana por la mañana, irás a tu rincón predilecto, bien al fondo hacia el pozo. Tomarás junto a la casa el camino de losas entre las cuales crece la hierba. Desde la verja hasta la puerta de entrada, hay un largo trayecto. ¡Qué divertido será subir al portón para autos e ir y venir encaramado de tal manera! Delante del portón, tienes un poco de miedo (confiesa que este miedo te place y que tú lo provocas) al pasar sobre la plancha que cierra la entrada del sótano. Temes que no sea fuerte. Nunca has visitado el sótano. Pero estás segura que si se levantara la plancha, se encontraría cantidades de animales verdes. Por tal razón, se debe evitar que las bolas del "croquet" rueden por ese lado. Si toman la bajada, ya no se sabe donde pararán.

97

En cierto lugar del patio, y sólo en ese lugar, está el olor. Lo recuerdas porque me lo mencionaste: el de la caballeriza, dejada atrás rápidamente, de ningún modo desagradable, y que permaneció mucho tiempo después de la partida del último caballo. Olor parecido al que flotaba delante de la entrada de otra casa en la que tía Marie vivió más tarde en la misma calle, cerca del correo, y que no se puede confundir con él ya que se le mezclaba el olor del cuero. Advertiste varias veces

98

que el talabartero, rozado por tantos arneses colgados, tenía la tez pálida.

Pero había, como usted, que vivir del otro lado de la calle, y moverse lentamente tras los barrotos de relucientes cañas para pescar, tras tejidos de nasas*, en compañía veraniega de algunas larvas acuáticas* y de un cierto número de lombrices blancas, para saber que los carruajes se detenían cada vez menos ante la talabartería, para adivinar lo que decía por la noche a su hija pálida como él, y repetirle quizás a la panadera-repostera cuando una vez al día cruzaba la calle para comprar el pan. Mientras que, levantando hacia la luz su bolsita transparente, usted mostraba incansablemente qué leve diferencia existe entre el anzuelo número diez y el anzuelo número once, advertía que los años pasaban a medida que los carruajes se enrarecían y que el talabartero palidecía. Pero usted misma, casi inmóvil tras las cañas para pescar, no sufría debilidad alguna, como si el tiempo se hubiera detenido para usted sola, y parecía esperar que tú y yo entráramos, igualmente inactivados, para averiguar el precio de un accesorio costoso y pedir pensarlo. Y cuando el escaparate negro y agrietado de la talabartería se derribó, usted no fue sensible a la voluntad de acabamiento que el destino manifestaba al poner en su lugar una carnicería hipofágica. Sólo le importaba que la tienda fuera nueva y se hubiera sentido conforme de igual manera con una lavandería automática o con una discoteca.

He aquí el gran vestíbulo de losas frías, la escalera de piedra, más alto y más fría. Tu vacilación antes de poner la mano sobre la barandilla de hierro. La pequeña Elisa viene a nuestro encuentro. No es ella la que confundiría a Antony, su esposo, con Fortuny. Ha preparado un caldo caliente. También hay las frutas del jardín donde otras frutas están a punto de madurar en la suavidad de la noche. Mañana por la mañana, irás a verlas. 100

Uno se siente como en su propia casa al fondo de ese jardín. Se hace en él lo que se quiere. Te gusta sobre todo por su misterio, no es así, porque no te atreves a rebuscar sus recovecos, en particular la casita para las herramientas que está en la más sombría alameda, ni el árbol hueco, una acacia vieja en el tronco de la que Antony guarda sus herramienta y donde hay como una pequeña fosa de agua parada donde nadan los renacuajos.

A menos que mañana sea Resurrección. Entonces, antes de sentarlos a la mesa, tía Marie aprovechará la charla general para entreabrir el aparador sin ser vista. Allí están los huevos. El tuyo es magnífico. En un cartón brillante, rodeado de pollitos amarillos. No te atreves a decirlo, pero hubieras preferido que fuera simplemente de chocolate. En fin, debe haber dentro muchos huevitos de licor. Además, ya verás, le podrás dar uso. Pondrás en él los vestidos, los sombreros de tu muñeca y el material para coser. 101

Mañana, mañana por la mañana. Primero dormir. Ya está

medio dormida. Es lo que se dice en torno a ti. También se dice que estarás cerca de la habitación de tus padres y reúnes todo lo que te queda de conciencia para alegrarte de ello. ¡Las dos habitaciones al final del vestíbulo, en particular la que tiene el guardarropa te asustan tanto! Mientras que la gran habitación roja se sitúa hacia el patio con las tranquilizantes dalias. Como las persianas estarán abiertas seguramente antes que te despiertes, podrás mirar tu cuadro: el niño, la niña, un poco anticuados, con la cabra. La cuerda de la cabra estará tan tensa como siempre. Tomaste esta cuerda por una rama hasta el día que, turbada, fuiste a verla de cerca al subir sobre una silla.

Una noche pasa tan ligero que tu abuelo ya está listo para salir con Stop. Apresurémonos. Antes de tomar su grueso bastón, nos hacía admirar la miel que recoge. No es una razón para hacerlo esperar. El chocolate que te sirven sobre la mesa de la cocina, está ardiendo. De todas manera apresúrate. Roerás en el camino la última tostada. Pero vuélvete primero. Observa bien la inmensa cocina, la chimenea tan alta que, si fueras más grande, te podrías mantener todavía parada en ella, la hilera de cacerolas de cobre y, encima de los cubos llenos de agua del pozo, el cucharón amarillo, brillante como un sol, con una cantidad de otros pequeños soles sobre su mango, y al fin ahí ante ti, al alcance de tu mano, la vasija de barro donde el chocolate se conserva tan caliente. Ya no tendrás tiempo para volver a ver el reloj de la Franche-Comté*, cuyo péndulo dorado aparece, desaparece

en regiones oscuras, reaparece más brillante que nunca, te echa una breve y fría mirada a través de su ventana redonda. Ni de oír el timbre claro vibrar largamente en toda la casa.

Di pronto hasta luego o más bien adiós a tu abuela que se acerca para una última recomendación. Precipítate por la escalera de peldaños anchos y regulares, excepto por el primero, desgastado por el esfuerzo de aquellos que, después de subirlos, se detuvieron un momento, pensativos, creyendo haber olvidado algo, por los niños que lo tomaron de sede para sus juegos, o simplemente por los utensilios para la limpieza que se colocaron allí cada mañana, dejando tras ellos un leve olor de cera y de lejía. No, este peldaño no es ya para ti. Eres demasiado grande ahora. Es necesario que entiendas. Aquí, todo el mundo es feliz, todo el mundo se quiere. Pero no debes olvidar la casa donde ibais más tarde cuando tus abuelos ya no estaban presentes a la llegada del tren al anochecer, No, no la de la calle de la Madière. La otra, la casa de las tías, en una calle angosta, la calle del Collège, siempre tranquila ya que era la temporada de la vacaciones. Aquí, no se es tan feliz. Tus tías quieren a tu padre. Mucho menos a tu madre. Nadie lo dice. Lo sientes. ¡Mona! He aquí lo que gritaste. Servicios interminables en Saint-Lazare. Zapatos demasiado estrechos. Cierta felicidad sin embargo.

Allí viven las hermanas de tu padre. Una vieja morada. Al frente, un largo muro encierra un parque que imaginas abandonado.

Nunca se oye una voz en él. Sólo los pájaros. Uno de ellos, siempre el mismo, viene a posarse sobre una de las fuertes ramas que señorean el muro. Lo oyes cada mañana antes de levantarte, a la hora en que miras las flores del empapelado de la habitación.

La casa de las tías está en la esquina de la calle del Collège y de la calle Maison-Dieu. Desde el cruce, se ve la plaza del Mercado con su fuente. Luego la calle del Collège se estrecha, se encorva, baja y se convierte en la calle de los Merciers. Allí se encuentra la pequeña puerta por donde se pasa para entrar a casa de las amigas, Denise, Marie (que tiene mal carácter) y Louise.

Un poco más lejos, frente al nicho donde una virgen borgoñona sostiene en su fina mano un cordón, vive la señora Tourte. Es la costurera de tía Marie, aquella que, me dijiste, le hizo un bonito vestido de color ladrillo, con una falda en forma, mangas globo y una elegante cola corta. Lo advertiste al crecer o bien se dijo ante tí: tu tía siempre tiene una indumentaria cuidada. Da mucha importancia a esto. Es alta, muy delgada, no es bonita (también sobre esto, me imagino hicieron comentarios). Es la más joven. Una treintena de años quizás. Tía Thérèse, siempre enferma, es más bonita. Por la mañana, la hermana peina su rubio cabello espumoso. Aparece para el desayuno y permanece el resto del tiempo en su cama. Cuando sale, lo que sucede una vez durante las vacaciones, se pone invariablemente el sombrero negro, una capelina que va bien con sus rasgos delicados. Entonces ustedes

abandonan muy despacio sus angostas calles desiertas para ir donde hay más espacio y gente, a los paseos donde viven personas a quienes ella tiene el placer de llevarlos, por ejemplo a casa de los buenos amigos Bonnichon.

A pesar de la tristeza que sientes pesar sobre la casa, las tías son alegres. Sobre todo a la mayor, que no tiene buena salud, le gusta hacer entrar la alegría a su casa con ustedes. Ríe de sus tontorrías, de sus bromas. Para facilitar el servicio y quizás para mejor calefacción en el invierno, las dos hermanas sólo habitan el primer piso. Algunas veces, los hospedan en la planta baja, serie de altas habitaciones poco amuebladas con "boiseries" grises y comunicadas por puertas de doble batiente. Las ventanas dan sobre el patio, ofreciendo como entretenimiento una pajarera llena de pájaros multicolores. Pero con más frecuencia las tías prefieren molestarse un poco y viven en el primer piso con ellas. En el salón, tu hermana y tú apenas si se atreven a moverse. Había el peligro de que empujaran todas estas bonitas cosas que, un poco artistas, ellas quieren que aprecien: los pequeños Saxes, el mandarín chino y la doncella, las monedas antiguas y sobre todo —lo que más les interesa— el mármol sobre su pedestal, busto de joven tocada con un sombrero* transparente como su gorguera, obsequio suntuoso de una amiga, titulado "Sé leer".

106

Ocurre también que te dejen sola en el ropero. No se si es allí donde miras largamente el empapelado de flores y donde ves las

107

corolas abrirse, sus pétalos animarse, cambiar lentamente, suavemente, de forma y de color, convertirse en casas, ríos, animales, personajes que se dejan repartir papeles en las historias que te cuentas y que ponen tanta buena voluntad en que todo se arregle del mejor modo según tus deseos.

O bien si miras el armario que tía no te ha abierto aún, en el que está la muñeca con sus vestidos y su camita en una caja sobre un anaquel más arriba, fuera de tu alcance... Pero veamos, se trata de la otra tía que tartamudea y has crecido demasiado para jugar a las muñecas. Los armarios que miras no pueden ser aquellos en los que hubieras podido caber bien cuando jugaban al escondite si no hubieras estado segura de encontrar allí entre las prendas de vestir personajes, los verdaderos, colgados también ellos en el perchero. Esos armarios no contienen (los viste abrirse a menudo) más que innumerables objetos pequeños, amontonados, envueltos en trapos pequeños, algunas veces en telas más finas, éstas mismas envueltas con hilo blanco o negro, parecidas a las que conservaste tú también y que, tenlo por seguro, servirán algún día.

108

Además el grito que acabas de dar no es la sorpresa de quien no resistió la curiosidad de abrir uno de los armarios ni la exclamación de esta otra que, después de haber gritado "¡Mona!" desaparece a lo largo del interminable vestíbulo al que dan tantas habitaciones, incluyendo el dormitorio de tía Thérèse, para ella la más alegre, para ti

la menos triste.

No. Lo que acabo de oír se pareció más bien a un llamado. Así se oyen a veces las quejas y los llantos en las casas donde no se es feliz. Imaginaba esos lugares de infancia protegidos y creía poder recorrerlos contigo sin confusión. Sin duda te escapabas, en ocasión de nuestro último paseo, hacia otros lugares cuyas vueltas sólo tú conoces. La madre que acabas de llamar a tu cabecera con una voz tan clara y tan fuerte después de tantos días silenciosos, es sólo para ti una imagen conmovedora que flaquea lentamente, para ustedes es sólo una piedra gris ante la que pasan sin detenerse. ¿Pero cómo, lo que ya no existe, sería capaz de arrancarte un tal sollozo? Ella está, estoy seguro, infinitamente presente ante tus ojos.

109

Quizás la ves un sombrío día de mal humor y de riñas en el que dice, sin saber que puedes oírla: "No se sabe a quien se parece Jeanne, ni por un lado ni por el otro." ¿O bien te dejará sola después de haberte dicho con aire enfadado: "Irás a casa de tus amigos sólo cuando se haya caído tu diente"? No, sobre todo que no se aleje. Más que nunca, la quieres cerca de ti. Aquí está. Oyó tu llamado. Se acerca con un estremecimiento sedoso. Te incorporas sobre los codos, deslumbrada por la suntuosidad de su apariencia. Va a ir a una cena o a una velada. Tiene puesto un vestido de surá*^{pajizo}, adornado en el cuello y en los brazos con primaveras de terciopelo en color natural. Un suave perfume de Lubin flota en torno a ella. Se inclina con lentitud.

110

Adelanta los labios hacia tu mejilla, allí donde está la cicatriz, última huella de la viruela que días y noches la tuvo en angustia, que se tiene razón en decir que es imperceptible ya que tu misma no la percibes cuando te miras al espejo, de la que tu hermana no obstante se acordó por casualidad hace algunos años, y que aún está ahí pues la contemplo mientras va a desaparecer para siempre jamás.

No sé si pusiste los brazos alrededor de su cuello cuando se inclinó. No debes desordenar su bonito peinado. Pero para responder a su tierna mirada se hubiera necesitado otra cosa que ese grito. Como a todos los demás, a ella sobre todo se le hubiera debido decir... susurrar... ¿qué? Antes que sea demasiado tarde. ¿Mañana entonces? Mientras pondera tu cabello que es un poco el suyo también, mientras le da vuelta con un rulo de boj para que tome la forma inglesa, su aplicación no quita nada de su ternura a la mirada con que te envuelve. Pero 111 no tienes conciencia de ello.

De vez en cuando, con un gesto dulce pero firme, se ve obligada a enderezar la cabeza que tú inclinas para tratar de ver por la puerta-vidriera del balcón el campanario de la colegiata. Ahí está, masivo, sostenido por dos contrafuertes de los que sólo puedes distinguir la parte superior. Lo que te intriga sobre todo, son los pájaros negros — ¿cuervos? no, más bien golondrinas — que dan vueltas, giran alrededor de la aguja, hasta el momento en que, cansados, se posan entre dos piedras separadas.

Esta imagen de la torre con el campanario afilado, rodeado de pájaros, se adapta tan exactamente a la ventana del salón que nunca cambia. Forma parte de la habitación, como sus muebles, sus chucherías. De manera que no es posible que esta iglesia tenga una relación con el edificio al que ustedes llegan con rapidez el domingo ya que basta subir por la calle del Collège, pasar bajo el arco de la "Torre del Reloj" para llegar a la plaza grande y al pórtico de la iglesia.

112

Confiésalo, te gusta menos la iglesia del domingo que la de cada día. La misa es tan larga. El señor canónigo es muy inteligente. Cuando hablan de él, tus tías se atreven a decir que es tan feo como inteligente. Pero articula muy despacio, en particular durante sus sermones. Entonces los pies, apretados dentro de los zapatos del charol de la boda de tío Maurice, te duelen cada vez más. El vestido de la misma boda, el que usaste mucho tiempo después, es también una causa de sufrimiento. En "tela fina"* de algodón blanco, tiene una blusa corta forrada y con tiras de ballena, muy caliente, con mangas bordadas en encajes, forradas también. Te ahogas allí dentro. He aquí por qué las palabras del señor canónigo deben ser lentas y abundantes. No debes volver a ponerte demasiado pronto el vestido de percal y los zapatos de tela, única vestimenta que te permite ser, como dicen las tías, "un potro salvaje". De lo contrario, no tendrías sacrificio alguno que ofrecer a Aquel para quien te pusiste este bonito vestido. Pero la oprimente blusa, las angostas botinas se encargan a lo

113

largo de la misa de renovar tan bien tu sacrificio que obtendrás la gracia que deseas por encima de todo (no se sabe a quien se parece Jeanne), la de no ser una niña encontrada. El rigor virtuoso de tu cilicio se atenuaba, lo reconocerás, con las perspectivas que se ofrecen a la salida de la misa, por el lado del repostero.

Primero es necesario que nos detengamos cerca de la tienda de la señorita Sautier, la librera en donde tu tía te compró un misal serio, tu primer rosario bonito en cristal azul, montado en plata, y también tu primera sortija en plata vieja, una cabeza de una joven pensativa, con adormideras.

Amigos de tus tías se detienen también. Después de las atenciones acostumbradas, siempre las mismas exclamaciones: "¡Ah, cuánto ha crecido! ¡Pero va a ser más alta que su tía!" Ya que tía Thèrèse está casi siempre enferma, se trata naturalmente de tía Marie, tan larga y tan delgada y que — sin atreverte a decírselo pues permanece secreta y un poco distante— tú admiras en su bonito vestido de paño, color ladrillo, adornado con pasamanos, obra de arte de la señora Tourte. O también: "¡Mira, acércate a Louis!... ¡De esa manera no... Así! Míralos, ella es casi tan grande como él, lo alcanzará." ¿Crees que los hombres de diecisiete años (¿qué diría si yo besara? ... ¿qué diría?) aprecian esta clase de predicción? Piensas sobre todo, erguida para no perder tu estatura, en tus pies ajustados, que te aprietan cada vez más, cuya suerte se aliviará, se alivia ya pues te

estás preguntando si será un canapé *de castañas o una "polka". *

Entonces hubo la frasecita de tía Marie: "La mala hierba crece rápido..." que se elevó en el aire tan puro de esta región de montes y manantiales, y que permanece, que flota todavía, trivial y necesaria en las ocasiones en que no se sabe qué decir. De manera que quizás sean ustedes quienes acaban de oírla o de pronunciarla. Ya que también tienen sus tías de Avallon y de otros lugares. Su cara encierra un secreto que creen tener muy protegido. Mientras lo encierran en sí, pierde poco a poco su fuerza. Llega un día en que ya no necesita precauciones. Expuesto como todos los secretos, como estará el de ustedes, ante los ojos de cualquiera, ni se le hace caso. Por haber pasado a lo largo de una vida ya no le queda la mínima densidad. No hay nadie para interesarse en él. 115

A veces usted sueña con el destino de los antepasados desaparecidos hace largo tiempo y que no conoció. Aquellos a quienes hubiera podido preguntar sobre ellos se marcharon también. Sólo le queda entre las manos un retrato, una fotografía medio borrosa, encontrada casualmente. Si pudiera conocer la razón de esta melancolía, de esa sonrisa forzada, que se vuelve a encontrar quizás en su mirada, sobre sus labios, sería capaz de un gran impulso* de simpatía. Pero las penas que hubiera sido necesario consolar son desconocidas. La ignorancia lo obliga a permanecer indiferente. Y son las tías las que con-
sechan su piedad. Alejándose ya de usted, aún están mezcladas a su 116

vida. Los espejos ante los cuales se deslizan en silencio no sólo reflejan su imagen arcaica. La de usted está cercana, un poco confusa y vacilante que, no lo dude, se anticúa también cada día y por la cual usted no se conmueve menos.

No obstante, nunca se consideraron, puedo asegurarlo, como criaturas extraordinarias. No les pasó por la mente que se les debía algo. Atravesaron con la mirada baja una ciudad muda y digna. La naturaleza les recordaba algunas veces para qué destino estaban hechas. Era inútil que también se proclamara en los muros o en las publicaciones. Entonces, no se crea en el deber de compadecerlas porque los hombres no se interesaron de manera evidente en ellas. Nada le permite suponer que era tan necesario que se interesaran en los hombres. Dado que su época ha creado la calificación, si no la condición de solteros con hijos y la ha dotado con algunos encantos, le está prohibido conmovirse por las solteronas. No tienen ni más ni menos interés que el resto de los humanos. Las tías de Avallon, por el contrario, pasmadas y un poco avergonzadas de estar presas en un tal atropello, han sido empujadas hasta la primera fila. Usted las obliga a entrar en la historia de las costumbres, modestamente, melancólicamente heroicas, y castas. 117

Pero que sus libertades, que su apariencia y sus costumbres no lo hagan menospreciar, a pesar de sus diferencias, el pasado. Si reside en la ciudad, quizás vive en una de las casas que la señorita

Duplessis llamaba suya y de la que usted habla ahora como si le perteneciera para la eternidad. ¿Resistirá su guarida hasta el último trecho? Será porque los tabiques se agrietan, porque el ascensor se avería, o bien porque ya no quiere oír la voz de sus vecinos: sale de prisa. Lo ven volver, siempre apresurado, las manos cargadas. Es urgente que se ponga al día con algunas latas de conserva, con la botella de vino químico que hace mal en oprimir contra su corazón ya que de ese vidrio, ni devuelto ni cambiado, tendrá que buscar la manera de deshacerse. Entra rápidamente. Oprime los botones que felizmente aún funcionan y le abren paso. Pero, no va a disfrutar mucho de las comodidades. Ya ha vuelto a bajar, inquieto por haber abusado de la soledad, ansioso por volver a ver a los demás de quienes usted — tranquilícese — estaba poco aislado y que seguían viéndolo respirar tras el cristal refractario.*

Es necesario que haga sin demora todas las gestiones necesarias. Cada uno conoce su situación y se alegra de ello. Nadie abusará, espero, de su grupo sanguíneo. Sin embargo la curiosidad por el ser humano se ha vuelto tan exigente que cada día se alarga más la lista de preguntas que se apresura a contestar en las hojas impresas para este uso. Su recompensa está ahí algunas veces sobre su cabeza bajo la forma de una bandera que flota para decirle que es un día feriado. Disminuye por fin el paso para disfrutar mejor. Se concentra, esperando que el recuerdo del feliz acontecimiento llegue a invadirlo y a

dilatarle el alma. Decepcionado, mira en torno suyo. Pero nadie sabe tampoco de qué aniversario se trata, de tal modo los días feriados se han multiplicado, han proliferado.

Delante de la puerta de su edificio, usted recuerda la audaz impresión que tuvo cuando disfrutaba de su novedad. ¿Nadie había pensado entonces en establecerse aquí? Así pensaron los constructores del Templo de Minerva del que nadie hubiera adivinado la existencia sin las columnas de mármol veteado contra las que se recostó quizás el soldado romano que perdió un día una moneda. Sucede también que hable de una calle cercana, repitiendo su nombre tantas veces que obscurece el sentido que se le dió originalmente. Y si esta vía es la calle de la Maladière, el día en que de pronto se vuelve para usted la calle de los enfermos, no se apresure en volver a arrojar a un pasado lejano a los leprosos que sacudían allí sus campanillas. El mal existe siempre. Ha tomado formas invisibles, perniciosas, en aquellos que viven en esa 120 calle, que la cruzan, que pronuncian simplemente su nombre, en tan gran cantidad que se podría todavía creer en el contagio.

Es cierto que el tiempo debe dejarse medir menos fácilmente cuando los árboles ya no están ahí para anunciar las estaciones. ¿Qué han hecho ustedes pues con sus árboles? No vemos los grandes plátanos de troncos claros que sombreaban la carretera de París, la carretera de Lyon, ni los que bordeaban de majestad la carretera de Pontaubert. Mirando caer las hojas de otoño, ¿seguramente no se atrevieron a pedir

ayuda a algunos ciudadanos de naciones extranjeras para hacer lo que su dignidad les prohibía, es decir barrer? El punto es saber si pueden tener al mismo tiempo una Casa de Cultura y árboles. Las dos cosas parecen compatibles. Basta con ir sin apresurarse demasiado de una a la otra. De tal manera detrás de un Vauban* en bronce, el pasado y el futuro, los viejos troncos, los tallos jóvenes se enfrentan en una alameda que podrá seguir llamándose, a pesar de su asimetría, el Paseo de los Tilos. 121

Y cuando la noche desciende sobre las murallas, no desee que lo deslumbren demasiado rápido las luces que de repente no dejan nada en la sombra. Usted necesita de esta hora insegura durante la cual los faroleros iban aquí y allá, los largos ganchos sobre los hombros, y hacían surgir de la noche poco a poco la ciudad. Es necesario prolongar el momento en que las cosas ya no son exactamente ellas mismas para pensar en lo que podrían ser y dejar que el sueño lo exalte. Preserve el pasado de la ciudad para impedir que su futuro sea de vidrio. No se asuste con nuestro cuchicheo si nos encuentra.

Nos apresuramos. Estamos un poco jadeantes porque carecemos de tiempo. Es natural pues que dejemos a un lado la calle principal, cargada de automóviles, como ella misma dejó a un lado la vieja ciudad. ¿Le quedará a la que me acompaña bastante fuerza para llegar a los Mantillos de la Pequeña Puerta? Las aceras son tan angostas, los adoquines tan desiguales, sobre los que han pasado el glorioso, el de- 122

voto séquito de príncipes y prelados y también el séquito de las guerras, del hambre y de las epidemias. Sigamos la Grande Rue. A la izquierda de la Alcaldía baja una callejuela al cabo de la que los Chaumes reverdecen para ella sola sobre la pendiente de sus laderas. Un poco más lejos, en el mismo lado, la mansión Condé. ¿La recuerdas? Se te había enseñado en un libro que los padres del futuro vencedor de Rocroy mandaban aquí a su hijo para respirar aire puro. Este pensamiento siempre te volvía a la mente al caminar a lo largo de la fachada de piedra gris. En tu sueño, la mansión reanudaba por algunos instante su vida de antaño. Examinabas largamente las inscripciones grabadas, las placas empotradas donde los que fundaron, mejoraron, restauraron, inscribieron sus nombres para que fuesen repetidos de nuevo. No obstante nunca prestaste atención al soportal cimbrado bajo el que tantos humanos pasaron sin inquietud y donde sin embargo está escrito en gótico:

Soy la puerta, si alguien entra
Por mí, será salvado.

Ante la más inaudita promesa, en el punto de realizar lo que has deseado por encima de todo, he aquí que vacilas. Tu caminar inseguro ha reducido aún más. El tiempo apremia. No nos detengamos. Deja que mi brazo te haga atravesar el arco del reloj, te lleve al reducito del recinto, a pesar de la estrechez mayor de las aceras y de la aspereza de los adoquines con los que yo quisiera impedir que tropieces. Sé por qué no quieres mirar hacia la derecha. Todavía está ahí el tribunal. No, tranquilízate, ya no hay nadie sobre la alta escalinata tras

la barandilla de hierro. El, el primo que vivía tan cerca de ustedes al fondo del patio pero que veían en raras ocasiones porque no tenía hijos, hace ya tiempo que cesó de preguntarse en las noches de insomnio sobre el derecho que se le había otorgado para interrogar a los demás. Sin embargo estuvo allá arriba un día, inmóvil contra la barandilla de hierro, su toga negra cayendo en pliegues rectos hasta las losas de piedra, impasible, tan temiblemente presente y tan cansado, con una mirada dura puesta sobre la plaza vacía que se suaviza de pronto cuando los ve llegar. No permitas que tu corazón palpite de terror al subir los peldaños para obedecer a su seña y recibir el beso frío de un hombre que tenía siempre ante sí el testigo de sus debilidades.

124

Ahí está el verdadero juez, a la derecha del pórtico grande, en los pliegues desmedidos de su toga, de las rectas mangas caídas. Al apretar contra su pecho el libro de la Ley, lo conservó de la ira de los inonoclastas y de la del cielo que provocaron el derrumbe del granito. Sólo él ha permanecido, profeta desconocido cuyos ojos sin pupilas se abren sobre el futuro para ver en él la redención de todas las faltas.

Mientras levantamos la cabeza hacia las columnas de torsos, parece que una nueva presencia se agita y sopla a nuestro lado, y levanta en la misma dirección sus orejas sensibles, su hocico tembloroso. Fellow mira sin verlos los pequeños personajes del segundo pórtico. Susana y los ancianos, la danza de Salomé serían para él de un

atractivo despreciable. Tampoco puede saber que entre las guirnaldas de flores y frutos en arco de círculo juguetea también un perrito sin olfato. No obstante, siempre mira, intrigado, inclinando un poco la peluda cabeza grande. El, que había resistido un día a las ganas de morderte mientras le aplicabas una cataplasma, quizás había adivinado confusamente el bien y el mal. No lo podían castigar entonces ya que en el origen no había pecado. Por costumbre, te sigue a todas partes. Pero helo aquí parado de repente. Te observa con esos suaves ojos marrones cuando te separas de él, cuando entras lentamente en la sombra del pórtico mientras los pájaros siguen sus vueltas alrededor del campanario. Esperará, ignorando que a sus semejantes se les juzga dignos de acostarse a los pies de las estatuas yacentes, seguro de que se volverán a encontrar de alguna manera muy pronto o más tarde para su felicidad y para la tuya.

Lázaro, tú que fuiste el único en saber, ¿por qué no dijiste a nadie dónde habías ido durante esos cuatro días y con quién te encontraste? Marta y María debieron acosarte sin embargo con preguntas. Quizás te exigieron que guardaras el gran secreto. Hacia ese huesito gris, fragmento de tu jefe que trajeron, dicen, del Oriente entre manos piadosas, ella se adelanta. Recupera unas pocas últimas fuerzas para bajar los escalones que internan tu santuario en la tierra y lo hacen tu sepulcro definitivo. Sigue el descenso de tramo en tramo. Ya no tiene miedo como la extraña noche del internado cuando, al pasar

con una compañera en el pasillo, el azar de luces cruzadas no les hizo ver contra la pared la sombra opaca de sus cuerpos en movimiento, sino siluetas tan ágiles, tan transparentes que sólo su esqueleto seguía apareciendo y caminando. Visión insostenible para jovencitas y que recuerda de pronto sin terror, con una aceptación que sería totalmente serena si su naturaleza escrupulosa no la arrojara una última vez en la confusión.

"San Lázaro, mi vista debe obscurecerse. Un momento aún, por favor. Sólo un momentito. Está tan oscuro y no veo a ningún sacerdote. Entonces permíteme que a tí que fuiste obispo yo confiese mi última falta... Me acuso... He aquí que mis palabras también se obscurecen... Me acuso de haber encontrado los nuevos vitrales de mi iglesia muy feos. Colores escandalosos, líneas en todos los sentidos, sí muy feos. No lo dije a nadie, pero no hubiera podido callar si habría tenido la oportunidad... Haz, por favor, que se me perdone esto... He rezado mucho a San José desde mi infancia. Novenas, acción de gracias. Sobre todo en el mes de marzo. Debido, lo confieso, a indulgencias plenarias de cada miércoles de ese mes. Sabes que lo nombramos el patrono de la buena muerte y de causas desesperadas. Ignoro como está la mía. Seguramente necesita de varios abogados. Espero, San Lázaro, que él no se resentirá conmigo por pedirte que te unas a él. Obténganme los dos la gracia de morir bien ya que no recibí la de vivir en santidad."

La calle Bocquillot — así se llamaba un sacerdote sabio dedicado al pasado — sigue bajando, con los adoquines desiguales, hacia los Mantillos desde donde se empieza a divisar los tilos. A la izquierda se interna entre dos muros altos la calle Serpente, infinitamente angosta y tortuosa, a la derecha he aquí todavía la cárcel, el depósito de sal, otras casas. En la última vivió un viejo que se decía era nuestro primo. No podíamos envidiarlo por tener desde su terraza una vista magnífica ya que sus párpados sólo se abrían en la noche. Me dio clases y no he olvidado la tentación que tuve en un resplandeciente día de verano de inclinarme sobre el libro que le había entregado para recitar y que él había dejado abierto confiadamente sobre sus rodillas.

128

La Pequeña Puerta no es ya una poterna escondida. Se abre ampliamente desde que quitaron el puente levadizo con sus cadenas para rellenar los fosos y abrir el paso. Pueden ustedes ir y venir y no se privan de ello. Algunas veces, entran ligero, sin siquiera echar una ojeada, yendo hacia otros lugares que se han fijado como objetivo porque aún no figuraban en el inventario de sus vidas. A veces también pararon su automóvil en la plaza de la iglesia. Otros autos se estacionaron cuidadosamente cerca de ella. Los unos y los otros han vacilado ante el lugar desconocido con la esperanza secreta de que sus pasos los conducirían donde hacía falta, siguiendo todos los pasos invisibles que les habían precedido. Han vagado cerca de los porches, entraron bajo los arcos, guiados quizás por la fe, seguramente por el

129

deseo de comprender lo que existe más allá de las apariencias. No han tenido completa confianza en ustedes mismos. Entonces han dejado que las fotografías fijaran lo que sus mentes no retendrían: imágenes ofrecidas a todos y que habían sido sin embargo los únicos en ver de cierta manera.

Seguramente la inquietud les hizo dar algunos pasos suplementarios por el camino que contorna el ábside. Las murallas lo sostienen y lo encajonan. Sube, baja, vuelve a subir algunos grados. Roza con una torre, sigue un muro musgoso, aún bastante fuerte a pesar de sus piedras desunidas para sostener flores, frutas, legumbres, árboles, cenadores, en fin la vida entera y siempre renovada de un jardín colgante. Luego aquí están de nuevo en la calle. Después de esas vueltas, después de este acercamiento indeciso y limitado, los atrae el espacio ampliamente abierto hacia el cual caminan sin vacilación. Los satisfechos, los ahítos los rebasan con el zumbido de los motores, pero no hacen caso alguno de ello, los pulmones ya purificados por la inmensa aspiración que tomarán pasada la Pequeña Puerta. 130

Lo esperamos ahí, la mirada baja hacia la hierba que descende en pendiente recta y en la que pienso Fellow debe divertirse ya. Sin embargo es necesario atreverse a levantarlo, pasearlo alrededor de uno, aún si el horizonte que él descubre parece demasiado extenso. En este día primaveral, el aire es tan puro que los ancianos que se aventuraron hasta los bancos y se sentaron en ellos oyen subir la voz de los

niños que juegan en los jardines; es tan transparente que podrían ver las lejanas torres de la Madeleine de Vézelay* si no las ocultaran los bosques negros donde ondula la carretera de los Chatelains. Aún no hay bastantes hojas para velar la fachada de los Alleux. Se adivina otros castillos en la lejanía, otras carreteras que suben o bajan por los montes.

131

Oiga...No, el río está profundamente hundido para que el ruido de las aguas llegue hasta nosotros. Si usted sigue la pendiente hacia las carreteras que lo bordean, la de Pontaubert o la de Méluzien, lo verá claro y en remolinos entre las piedras bajo las cuales una trucha está a veces al acecho, o bien extenderse, vasta capa negra y profunda, inmóvil y silenciosa, que vuelve a caer más lejos en cascada espumante. Quizás estará tentado de sentarse entre los árboles inclinados sobre el agua o también de escalar las rocas que instalan su caos por todos los lados. Usted vacila, prefiriendo por el momento no escoger nada, aprender poco a poco el mismo paisaje que los hombres de armas escrutaban incansablemente. Se inmoviliza como ellos cuando se detenían de pronto en sus lentas idas y venidas porque creían haber divisado el resplandor de un arma en el sol.

132

Ustedes no me necesitan. Debí dejarlos acercarse a ese lugar que conozco demasiado bien. Pero también atravesaban la Pequeña Puerta, sin saber que éramos solidarios. No me podían ver y yo acechaba con avidez sus primeras miradas hacia la Tour Galard... Así he

olvidado en este instante la que me hacía confiar enteramente en que mis palabras, cuchicheadas en su oído, podían llevarla todavía hasta los lugares de su juventud. No quería dejarla. Fue ella la que encontró el momento favorable, en que yo me callaba y en que pasábamos todos al otro lado de la puerta. Entonces, se alejó de nosotros.

Ya yo no reconocía lo que ha quedado ahora de ella, una forma acostada aquí, cerca de la que pondré como es debido algunas rosas del jardín. Pero seguirá existiendo, intacta, en la vida de los demás. Algunas horas para la vecina que acecha detrás de sus cortinas, algunos días para quienes, conociéndola menos, repetirán pronto su nombre en voz baja de una calle a otra. Durante meses, amigos lejanos verán todavía su larga silueta sombría. Oirán su voz hasta el momento en que se preocuparán, extrañados de no recibir respuesta a sus cartas. La sabían enferma. Sin embargo, siempre formaba parte de sus sueños. Una prima la mezclaba en sus proyectos. Esperando que el campo le sentara bien, quería invitarla. Con generosidad, le ofrecía un futuro. Cuando la casualidad les hiciera saber la verdad, asistirían estupefactos, extrañadamente confusos, a su nueva y súbita agonía.

En su propia casa, nada ha cambiado aún. El abrigo, el sombrero guardan la forma humana allí donde los había colgado. Su pequeño universo de objetos humildes puestos sobre muebles usados, permanecerá intacto algún tiempo, como en devoción a ella. Tenía razón al decir que se encariñaba con los objetos. Todo eso, al permanecer tal

como su mano lo tocó, repite su presencia, exigiendo una mirada que no puede ser otra que la suya, ya que quienquiera que viniera aquí creería ver las mismas cosas y contemplaría otras diferentes.

El vertedero no ahueca su rumor más que para mí. La puerta de entrada sigue golpeando cuando pasan los camiones. Pero de súbito hay otro ruido en la casa. Un paso que viene de arriba baja lentamente por la escalera. Se detiene, antes de volver a deslizarse como si se tuviera miedo de despertar a alguien. Atento, el corazón palpitante, dudo de su realidad. Prosigue con su andar vacilante, se aproxima... De repente aparece ante mí el inquilino, confuso de sorprenderme como lo había hecho con ella, me dijo, una noche en que, al oír roces, se había inquietado y la vió ante un gran armario abierto que volvía a ordenar para apaciguar su conciencia y encontrar por fin el sueño.

El, que no vive aquí, parece, más que durante la noche, se cree obligado a explicar su presencia. Es su día libre semanal. Es verdad que posee una casita en el campo cerca de la que viven sus padres, pero no pudo decidirse a vivir en ella. "¿Sabe usted, dice con una brusca audacia de tímido, que ella murió sesenta años, día por día, después de su primera comunión?" — "¿Cómo lo supo?" — "En mi cuarto, hay un cuadro con el certificado." Me mira por un momento sin añadir nada y se aleja, aliviado de no haber tenido que guardar para él sólo el descubrimiento de una señal, dejándome perturbado por la

coincidencia. Después de tanta incertidumbre, las cuentas tan exactas del destino me traen como una confianza.

A punto de irme de esta casa en la que nadie esperará ya por mí, atravesando una última vez su jardín, me doy cuenta con una tristeza infinita que otros pensamientos se mezclan ya a mi emoción. Todo es distracción involuntaria. Así como los rosales que suben a lo alto de la casa. ¿Por qué esta belleza tranquila, siempre renovada, igualmente resplandeciente desde hace numerosos años? Aunque asociemos 136 sus flores a los grandes momentos de nuestra vida, ellas son indiferentes a nuestras penas. Tan tupidas y tan vivaces, sus retoños se introducen por las ranuras de las persianas. Ya no encontrarán luz por ahí, pero las asperezas les permitirán realizarse, es decir trepar.

El berral sigue corriendo dulcemente entre los bordes de piedra. Ya no se ve el agua que lo alimenta, tanto ha levantado y unido el berro sus pequeñas hojas redondas. Urge cortarlo. En otra ocasión. Habría que abrir las gavetas para encontrar las tijeras, buscar una canasta que sabía que era propia para este uso y de la que sólo ella, con excepción de algunas arañas, conocía el escondite obscuro. Más tarde... Me dirijo hacia la verja oxidada y me acodo en ella. El vertedero ejerce aún la misma atracción. En la punta de la península, una pareja ocupa el banco que la aísla del mundo. Al menos así lo cree, ya que los oigo, jóvenes escondidos por los árboles y los macizos. Bromean, ríen. Sus voces resuenan por encima del agua. Ella que temía tanto 137

a las detonaciones, se hubiera sobresaltado cuando uno de ustedes subió sobre su motocicleta e hizo estallar una serie de petardos. Por temor a que volviera a empezar, habría entrado rápidamente a la casa. ¿Por qué rogar hoy que hagan menos ruido? Sería absurdo como creer que las cascadas deberían dejar de caer, los pájaros de cantar en torno a nosotros, aunque fuese por un momento.

Ya les he dicho que su muerte les concernía. Pero no es necesario que reparen en ello. Sigán pues con sus gritos y sus risas, hagan zumbiar sus máquinas. Discutan, empújense y también, si así lo quieren, peleen sin pensar que podrían morir. Basta con que uno de ustedes cobre conciencia de ello. Diferente, quedará apartado de los demás. Cobra su fuerza en su inmovilidad. Indignado por la escena de violencia que se desarrolla bajo su mirada, se interroga. En vez de intervenir, se pregunta cuál es su papel en esa pesadilla.

Vi al médico inclinarse sobre ella. Culpable él también por no haber podido retenerla, la miraba con una gravedad pensativa, profesional. Su leve compasión no resistía al asombro de oír temblar la puerta de entrada de vez en cuando. Entonces se irguió, volvió a inclinarse, la levantó con un esfuerzo firme y delicado durante el cual la cabeza, dócil aún, se abandonó. Mientras la volvía a colocar lentamente, respetuosamente a fin que los pliegues del camisón blanco se ordenaran con la dignidad que ella hubiera deseado, quizás tuvo la impresión de que era la primera vez que un hombre la tomaba en sus brazos. 138

Yo no quisiera olvidar esta imagen. Tantas otras se apresuran tras ésta, ensañadas en borrar de ello lo patético. La vida se infiltra en mí por todas partes. Trato de resistir a su estúpida obstinación, de escaparme una vez más. Heme aquí transportado de nuevo en los Mantillos de la Pequeña Puerta. Con una esperanza un tanto loca, miro en torno a mí. El sol ha desaparecido. Una pequeña brisa sopla lentamente algunas nubes todavía claras hacia el ocaso. Contemplo ese vasto cielo. Lo interrogo como si de él debiera desprenderse un grito. Calla, tan numerosas y más urgentes serían sus razones para protestar. Apoyado contra la barandilla de piedra, inclinado en el vacío que no me atemoriza, veo lejos en torno a mí a pesar del anochecer y también, me parece, un poco por dentro. Lo oculto se descubre, lo inútil que me ocupó demasiado hasta ahora se me aparece antes de volverme a apresar invisiblemente. Lo que yo creía contradictorio se armoniza. El orden del mundo que se extiende bajo mis ojos y sigue su organización más allá de las colinas me parece menos el efecto de la casualidad. Reina en el mundo una armonía secreta que seguramente necesita la complicidad del sufrimiento. En los Mantillos donde sólo lo encuentro a usted, un poco turbado parece, seguramente usted tiene razón en demorarse. La noche llega. Algunas luces resplandecen al fondo de los bosques en casas cuya existencia no habíamos sospechado. Esta noche, a riesgo de sorprenderlo, me siento tentado de decir que todo va bien. 139

Terminado de imprimir por cuenta de Robert Morel, editor — en 1968, todos los derechos reservados, — por la escuela técnica de imprenta NF en Osny, en septiembre de 1968, y encuadernado en los mismos talleres según la maqueta de Odette Ducarre, — constituyen la edición original quinientos ejemplares fuera de edición comercial para los amigos del autor y del editor, y otros cien, numerados SL 1 a SL 100, reservados para los bibliófilos de las Selecciones Lardanchet, todos sobre pura fibra de coníferas suecas de las papeleras Arjomari, — esta novela fue escrita por Jean Fougère.

NOTAS DEL TRADUCTOR

- * Avallon — Pueblo francés de 7,330 habitantes. Es importante por su Iglesia Romana, sus antiguas fortificaciones, su fábrica de neumáticos, de rodamientos o cojinetes de bolas, sus fábricas de géneros de punto. Está situado sobre el río Cousin, más o menos a 180 kilómetros al sureste de París y a 225 kilómetros al noroeste de Lyon. Está en el departamento de la Yonne. Los departamentos contiguos son: Seine-et-Marne, Aube, Cote-D'Or, Nièvre, Cher, Loiret. El departamento en sí tiene 7,461 kilómetros cuadrados. Sus principales ciudades son: Auxerre, Avallon y Sens. Tiene 290,818 habitantes, dedicados principalmente a la cría de ganado vacuno, a la vinería, a la agricultura. Sus llanuras son muy arcillosas. Sin embargo la industria emplea más de la tercera parte de sus habitantes en trabajos de madera, construcciones mecánicas y eléctricas e industria de la alimentación.
- * Poêle (T. pág. 7) — Aparato grande para la calefacción del agua y de la casa, usado con madera y carbón.
- * Coeurs fidèles en el original. (T. pág. 14)
- * Tenir le coup en el original. (T. pág. 14)
- * Shantung en el original. (T. pág. 18)
- * Se dissiper (T. pág. 22) — Fougère juega con la palabra ya que puede ser desvanecerse o la de una mala conducta.
- * Cabriolet (T. pág. 24) — Sillón con espaldar en forma de violín. Sus dimensiones se adaptan a las habitaciones más íntimas, más pequeñas. Surge en el Siglo XV.
- * Bergère (T. pág. 24) — Derivado del sillón de "Commodité" usado al final del Siglo XVII. Lleva un cojín separado.
- * Prix-Unique (T. pág. 28) — Es el nombre propio de una tienda por departamentos. En Puerto Rico, ésta equivale a un "Five and Ten".
- * Voix appliquée en el original. (T. pág. 29)

- * Avoir un fil a la patte en el original. (T. pág. 35)
- * Paupiettes (T. pág. 40) — Término de cocina. Son tajadas muy finas de la pulpa de la carne que, aderezadas y rellenas, se enrollan atándolas con un hilo para asarlas.
- * Ramequins (T. pág. 40) — Recipientes para las preparaciones que necesitan ir al horno.
- * Clafoutis en el original. (T. pág. 55)
- * Lanternes de distance en distances en el original. (T. pág. 57)
- * Grillages de nasses (T. pág. 66) — Trampas para cazar langostas.
- * Traîne-bûches (T. pág. 66) — Nombre dado por los pescadores para designar las larvas acuática del frigano.
- * Horloge comtoise (T. pág. 68) — Reloj de la Franche-Comté; origenario de esa región, situada en el este de Francia.
- * Charlotte (T. pág. 71) — Sombrero femenino flexible cuyo borde está formado de volantes.
- * Surah (T. pág. 73) — Tejido de seda flexible y fino, originario de Surate, villa de Indostán.
- * En voile de en el original. (T. pág. 75)
- * Percale (T. pág. 75) — Tela de algodón fino, estampada con cierto brillo.
- * Barquette de marrons (T. pág. 77) — Tartaleta en forma de barquito.
- * Polka (T. pág. 77) — La receta de este bizcochito es la siguiente: Prepare la masa con harina, mantequilla y azúcar. Cuando esté lista, forme bolitas y ahuéquelas en el centro. Hornéelas. Luego de horneadas, prepare una crema espesa de repostería y rellene cada hueco. Espolvoréelas con harina y azúcar, y por último, viértales el caramelo por encima.
- * Elan de sympathie en el original. (T. pág. 77)
- * Thermopane en el original. (T. pág. 79)

- * Vauban (T. pág. 81) — Sébastien Le Prestre De, mariscal de Francia. Nació en 1633 y murió en 1707. Fue comisario general de las fortificaciones en 1678. Perfeccionó la defensa de las ciudades durante el reinado de Luis XIV.
- * La Madeleine de Vézelay (T. pág. 88) — Iglesia romana comenzada hacia 1096, terminada antes de finalizar el Siglo XII. Muy importante por su belleza arquitectónica, tanto exterior como interior. Es aquí donde San Bernardo pidió la segunda cruzada en 1146. Está en el pueblo de Vézelay, en el departamento de la Yonne, cerca de Avallon.

BIBLIOGRAFIA

- ALONSO, Martín. Enciclopedia del Idioma, Tomo II. Editorial Aguilar, S. A. Madrid, 1968.
- L'Art Culinaire Français. Editorial Flammarion, Paris, 1950.
- BOULANGER, Gisèle. L'Art de Reconnaître les Styles. Editorial Hachette, Paris, 1960.
- Diccionario General Ilustrado de la Lengua Española: Vox. Editorial Bibliograf, S. A., Barcelona, 1967.
- Dictionnaire Analogique. Editorial Larousse, Paris, 1972.
- GARCIA-PELAYO, Ramón. Nouveau Larousse: Français-Espagnol/ Español-Français. Editorial Larousse, Paris, 1971.
- LELOU, Colette. Enciclopedia de la Cocina. Editorial Matías Perolló, Valencia, España, 1973.
- Nouveau Petit Larousse en Couleurs. Editorial Larousse, Paris, 1971.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: Diccionario de la Lengua Española. Editorial Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1970.
- ROBERT, Paul. Petit Robert. Société du Nouveau Littré, Paris, 1970.
- The Concise Oxford French Dictionary. Oxford University Press, London, 1966.